

LAS ORDENES MILITARES DE CABALLERIA

- I I -

Por Juan Espinazo García

Coronel de la Guardia Civil
Profesor de la Escuela de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria
Diplomado en Heráldica Militar

En la primera parte de este estudio, publicado en el número anterior de nuestra Revista, tratábamos de analizar el concepto "caballería", sus remotos orígenes seculares, la influencia que sobre el caballero y las Ordenes Militares ejercieron la Iglesia y las Cruzadas, el significado de la heráldica, el ceremonial de los torneos, la organización de la caballería bélica y otros numerosos aspectos que configuraron y caracterizaron la sociedad feudal y crearon nuevos sistemas de vida, aunque también de muerte, pues al compás que se progresaba en las ciencias, la agricultura y la economía y se salía de la oscuridad medieval, se avanzaba en el arte y tragedia de la guerra.

Los viejos señoríos feudales iban desapareciendo, vencidos o absorbidos por otros más poderosos y que necesitaban incrementar su poder armado para la defensa de sus tierras. Fueron surgiendo las casas reales, los grandes reinos y los imperios. Llegaba la era de los reyes. Todos ellos descendían de la vieja nobleza, surgida, a su vez de la caballería, época que llenó el medievo, de lo cual se mostraban orgullosos. A principios del siglo XVI, cuando se inicia una definitiva transformación, el ideal caballeresco aún conservaba casi todo su vigor. En tiempos de los Tudor, en Inglaterra, así como en Francia, la caballería continuaba floreciente. Enrique VIII, tan conocido gracias a la dedicación de la filmografía, y Francisco I de Francia fueron excelentes maestros en las justas. El emperador Maximiliano, heredero de los Austrias, que contrajo matrimonio con María de Borgoña, se auto-denominaba caballero andante y participó muy activamente en los torneos. Su nieto, Felipe II de España, siguió sus pasos, llegando a triunfar en un espectacular paso de armas similar a los que se celebraban en Borgoña durante el siglo XV. También en esta época se produjo un auge literario en torno al tema. Se publicaron el "Manual de Caballería" de Ramón Llull y numerosas novelas caballerescas, quizá como consecuencia de la popularidad alcanzada por el "Amadís de Gaula", escrita en el siglo XV, en la que se exaltaban las grandes hazañas de los caballeros medievales.

Sin embargo, puede decirse, a pesar de estas muestras de florecimiento, que en el siglo XVI es cuando la caballería comienza a declinar, si bien,

analizando los cambios que tuvieron lugar en la época y que alteraron las estructuras político-sociales en cuyo seno se había desarrollado, más que de decadencia habría que hablar de giro o transformación. El sentido caballeresco continuaba vigente, pero su modo de expresión había cambiado. En las centurias anteriores, caballería era un término que venía a significar código y cultura de un estado noble y militar que considera la guerra como profesión hereditaria. Y lo que va a cambiar a principios del XVI afectará principalmente a la conducta y comportamientos del oficio militar, toda vez que el arte de la guerra sufre importantes modificaciones como consecuencia de los cambios de las tácticas y adelantos de la tecnología militar, junto a un mayor control del poder real.

A estos cambios y adelantos vamos a dedicar esta segunda parte de la historia de la caballería, lo que merece cierto grado de profundización, ya que aquí podemos encontrar las raíces y asentamiento de los ejércitos, su acelerada evolución y sus bases orgánicas que se proyectarán prácticamente hasta los tiempos napoleónicos, es decir, hasta el final de la Edad Moderna.

Evolución de la Caballería a finales de la Edad Media

A lo largo del siglo XVI, los ejércitos van a ser bastante más poderosos que en el anterior, especialmente en infantería y artillería, con cuantiosos aumentos de efectivos, como corresponde a un mayor poder real. La infantería irá adquiriendo preponderancia debido a la coordinación de los piqueros, cuyas largas armas, juntamente con las de arqueros y pistoleros, se convertirían en medios muy útiles para contener los ataques de la caballería. En el reinado de Carlos el Atrevido, de Borgoña, la proporción en sus ejércitos entre caballería e infantería era de nueve a uno, distribuidos en tres arqueros, tres piqueros y tres hombres dotados de culebrinas, mientras que un siglo antes la proporción era de dos caballeros por un infante.

Ya los ejércitos franceses habían comenzado a ver la ventaja de las armas modernas contra el conjunto hombre-caballo y habían reforzado su infantería con los "Francs de Archers", reclutados por Carlos VII. Poco después surgen los "lanksnechts" alemanes y las célebres Compañías Mercenarias suizas. Todos estos soldados eran auténticos profesionales, con un alto grado de entrenamiento, como ocurriría más tarde con los soldados de la infantería española mandados por el Gran Capitán en las guerras de Italia.

El conjunto de esta tropa no era, por supuesto, reclutado entre los nobles, ni nada tenían que ver los soldados de a pie con el mundo idealizado de la Caballería, casi exclusivo de la nobleza, a la que se reservaba la función de mando, con lo cual el concepto de lo caballeresco fue quedado como privilegio de oficiales y gentiles hombres, trasvasándose así el código de la caballería al de la oficialidad de los ejércitos. Sin embargo, no suponía novedad que los nobles se mezclasen con los soldados de a pie en las batallas, pues existía una larga tradición en este aspecto. De siempre los caballeros nobles se habían unido a la tropa que le seguía luchando sin caballo al lado de la infantería, lo que les ayudaba a potenciar su moral.



Un clásico juicio de Dios, en los que los caballeros medievales dirimían sus querellas.
Grabado del siglo XV

Existía diferencia, no obstante, entre caballero y oficial, debido a que éste formaba parte de un círculo administrativo y logístico más concreto y accedían al cargo mediante nombramiento expreso de la máxima autoridad, más que por derecho de naturaleza, mientras que el caballero provenía de cuna noble.

Los nuevos ejércitos iban perdiendo toda semejanza con las antiguas huestes. La diferencia no radicaba exclusivamente en el hecho de que el número de guerreros a pie había aumentado, pues, como decíamos, numerosos caballeros desmontaban para luchar, sino en la naturaleza de la nueva infantería y en el menor protagonismo que el noble va a desempeñar en la milicia. En ello tuvo decidida importancia el factor económico, dado que los cuantiosos gastos de los grandes ejércitos del período situado a caballo entre los siglos XV y XVI sólo podían costearse a través de impuestos públicos recaudados por la autoridad principesca. Lógicamente, las complicadas operaciones militares con sus obligados movimientos de tropa colocaba el mantenimiento de contingentes armados fuera del alcance de las economías particulares.

Otro aspecto importante a considerar eran las armas de fuego, que, si bien provenían del siglo XV, hasta el siguiente no llegaron a ser realmente decisivas, como se demostró en la guerra de los Cien Años. Pero fue al finalizar la centuria, debido a los progresos de la artillería y la utilización de pistolas por los infantes, cuando tiene lugar el gran proceso de cambio.

Entraron en escena la pólvora, los cañones, los obuses y los proyectiles de variado tipo, y comenzaron a utilizarse animales de tiro para arrastrar las pesadas armas en carros o carruajes. El arte de la guerra empezó también a utilizar la ciencia y la técnica artillera. Se aprendió a colocar convenientemente los cañones de grueso calibre y a corregir sus disparos para obtener el rendimiento apetecido, lo cual sería decisivo en los asedios a plazas, castillos y fortalezas.

La artillería tuvo una buena acogida en el seno de la sociedad caballeresca. Los cañones se embellecieron con blasones, lemas e inscripciones, al mismo tiempo que las propias armas se incorporaban a los símbolos e insignias nobiliarias. Numerosos capitanes de noble origen consideraron que formaba parte de la profesión el conocer y saber utilizar las armas de fuego, anteriormente desdeñadas. Algunos maestros artilleros fueron ennoblecidos por su gran habilidad o puntería.

Las armas de fuego, que merecieron también la atención de la literatura caballeresca, como puede verse en el libro IV de Amadis de Gaula, contribuyeron a que la guerra se convirtiese en una empresa a gran escala, especialmente desde el punto de vista económico, y a convertir la carrera de las armas en una profesión técnica y especializada, superándose así las espontaneidades e improvisaciones del caballeresco tiempo anterior. La guerra no pertenecía ya al mundo privilegiado de la nobleza, sino que era asunto público, en el que la dirección y el mando de hombres armados era cuestión esencial.

De esta forma, a finales del siglo XV comienzan a surgir los ejércitos nacionales permanentes. Carlos VII estableció las Compañías d'Ordonnance, de las que nacería el Ejército francés. Carlos I el Atrevido puso en 1473 los cimientos de un Ejército borgoñón permanente. Los ingleses convirtieron a sus tropas de ocupación en el norte de Francia en otro ejército de igual rango. Italia mantuvo también fuerzas permanentes. Es decir, la evolución fue general.

Al finalizar las guerras los ejércitos no eran licenciados. Los impuestos necesarios para su mantenimiento fueron subiendo a medida que se elevaban los precios de los pertrechos de guerra. El dinero se hacía cada día más necesario para las atenciones militares y se convertía en el más poderoso de los instrumentos para la guerra. Los gobernantes que lo capitalizaran tendrían el monopolio del poder armado. En Italia, Alemania y Cantones suizos los pequeños príncipes y "signoris" resolvieron el problema económico que los ejércitos planteaban acudiendo al recurso de alquilar a otras naciones más ricas los servicios de sus súbditos.

Desde la clásica visión caballeresca también el arte de guerrear había cambiado. Ya no bastaba ser noble para poder titularse guerrero. Era preciso pertenecer a alguna unidad militar. En siglos anteriores las contingencias guerreras se resolvían convocando a la nobleza de la provincia amenazada a fin de que movilizaran a sus vasallos para la defensa. En esta nueva época la preocupación va a centrarse en que las guarniciones cuenten con compañías permanentes, con soldados siempre en pie de guerra y al completo de sus efectivos. En caso necesario se contratarán mercenarios.

El cambio se exteriorizaba también en una disminución de la importancia de las insignias caballerescas en los escudos de armas como medio de identificación en campaña, que serán sustituidos por la generalización del uso de uniformes militares. Era este otro signo de la pérdida de hegemonía por parte de la nobleza y de la Caballería, cuyo ideal de defensa de la justicia, de los débiles y desamparados iba siendo sustituido por otro más amplio y a la vez más concreto en la profesión militar, especialmente en la oficialidad, como era el de combatir a los enemigos de su rey.

Lógicamente en todo este entramado de cambios jugaba también importante papel la crisis de los ingresos económicos señoriales. Ya desde el siglo XII estos ingresos habían comenzado a disminuir. Se basaban en las rentas de sus tierras, que acabarían siendo insuficientes para el derroche que exigía la vida suntuosa que reclamaba su condición. La crisis se agravó a causa de la disminución demográfica, frecuentes plagas, devastación de las tierras por las guerras, aumento del coste de la escasa mano de obra y caída del precio de los productos agrícolas.

Para el noble se hacía cada día más difícil mantener su tradicional estilo de vida, especialmente a quienes pertenecían a la baja nobleza. Los de la alta contaban con el recurso de arrendar o explotar mayores extensiones de tierras pertenecientes a su patrimonio y aumentar los impuestos de sus súbditos, si bien éstos pronto comenzarían a plantear y exigir la abolición de antiguos privilegios y un mayor beneficio de metayage (cosecha compartida). Ultimamente la nobleza vio que para poder mantener su modo de vida y predominio social había de acudir a fuentes adicionales, entre las que figuraba como más importante, el servicio militar o administrativo a la Corona o de otros nobles más poderosos, lo cual les abría posibilidades de conseguir pensiones, cargos, o ricas prebendas. Lo último era acudir a la actividad comercial, contemplada como estigma social.

Esta predisposición, estimulada por reyes y poderosos, hacía crecer por momentos el número de nobles en los primeros ejércitos permanentes, nacidos no como cambio de una ideología, sino como una dura necesidad. Carlos VII reclutó un gran número de nobles para "Compaignes d'Ordenance" y, en general, todos los cuerpos armados europeos más prestigiosos contaron entre sus miembros con una representación de la nobleza, que nunca rehusó poner sus espadas al servicio de los príncipes.

La historia de los últimos años de la Edad Media estuvo teñida por incesantes luchas de los monarcas contra algunos de sus nobles importantes, que se resistían a perder su anterior independencia y sus privilegios. Destaca la guerra de las Dos Rosas en Inglaterra, la de borgoñeses y armañagues en Francia y las guerras civiles españolas que precedieron al reinado de los Reyes Católicos, guerras que prolongaron la actividad de las unidades mercenarias, en cuyas filas también militaban nobles, ya que en la época el poder lo conseguía el mejor pagador.

De estos trances quienes más beneficiados resultaban eran los reyes, que estimulaban la lucha entre nobles con apoyo en la naciente burguesía y la baja nobleza, y ello permitía al poder central contar cada día con más

● EVOLUCION HISTORICA DE LA CABALLERIA

● EDAD	● E P O C A	● SIGLO	● CLASE DE CABALLERIA	● PARAMETROS ANALIZADOS
<p>A N T I G U A</p> <p>●</p>	<ul style="list-style-type: none"> ● PRERROMANA ● ROMANA ● VISIGOTICA 	<p>VIII a J.C. III a J.C.</p> <p>III a J.C. IV d J.C.</p> <p>V al VIII.</p>	<ul style="list-style-type: none"> ● DE LOS TIEMPOS REMOTOS. ● GRIEGA . ● CARTAGINESA . ● ROMANA . ● VISIGOTICA . 	<ul style="list-style-type: none"> ● ANTECEDENTES MILITARES . ● RECLUTAMIENTO . ● VESTUARIO . ● ARMAMENTO . ● EQUIPO .
<p>M E D I A</p> <p>●</p>	<ul style="list-style-type: none"> ● ARABE ● CRISTIANA ● FEUDAL ● RENACIMIENTO 	<p>VIII</p> <p>al</p> <p>XV</p>	<ul style="list-style-type: none"> ● ARABE . ● CRISTIANA . ● FEUDAL . ● VILLANA . ● ORDENES MILITARES . ● DE LOS REYES CATOLICOS . 	
<p>M O D E R N A</p> <p>●</p>	<ul style="list-style-type: none"> ● SIGLO DE ORO ESPAÑOL . ● DE LA CASA DE BORBON . 	<p>XVI XVII</p> <p>XVIII</p>	<ul style="list-style-type: none"> ● DE LOS AUSTRIAS . ● DE LOS BORBONES . 	
<p>C O N T E M P O R A N E A</p> <p>●</p>	<ul style="list-style-type: none"> ● DE LA DINASTIA BORBONICA . 	<p>XIX</p>	<ul style="list-style-type: none"> ● DE LOS BORBONES . 	

● ANTECEDENTES MILITARES DE LA CABALLERIA

EDAD EPOCA SIGLO

ANTIGUA

PRERROMANA

VIII aJC
al
III aJC

ROMANA

III aJC
al
V dJC

VISIGODA

VI
al
VIII

ARABE

VIII

CRISTIANA

al

FEUDAL

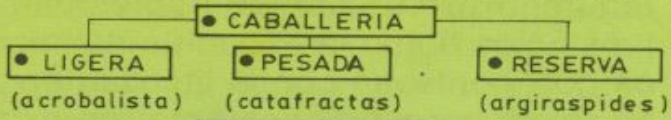
XV

RENACIMIENTO

XVI

● CLASE Y CARACTERISTICAS DE LA CABALLERIA

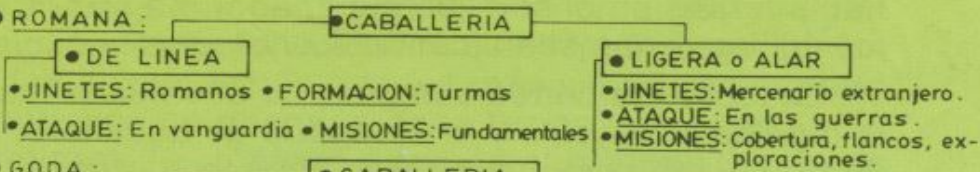
- **PERSA**: Combatian en CUADRO.
- **ESCITA**: Combatian en TRIANGULO.
- **IBERICA**: Combatian en CUÑA: A retaguardia de la Linea de Batalla: SIERRA.
- **GRIEGA**:



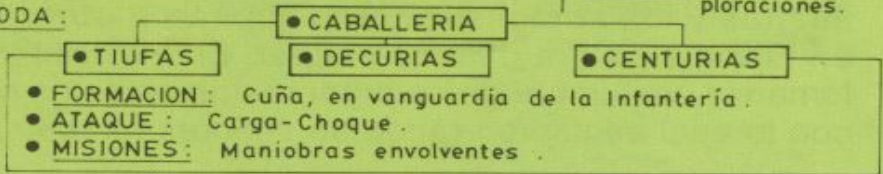
- **CARTAGINESA**:



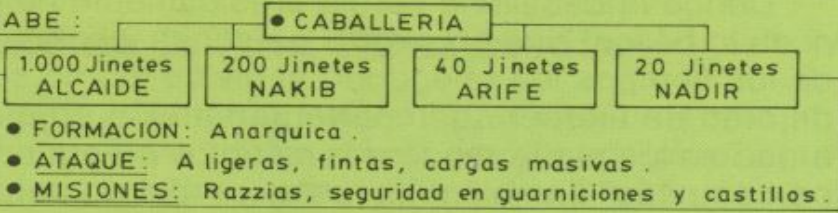
- **ROMANA**:



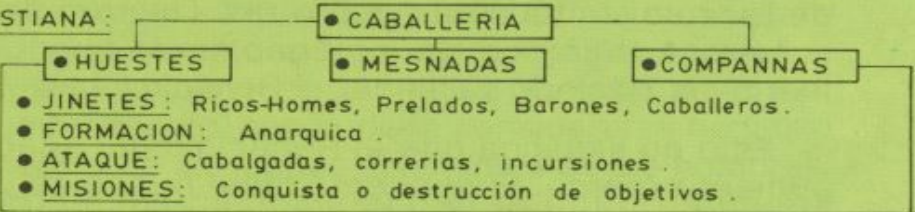
- **GODA**:



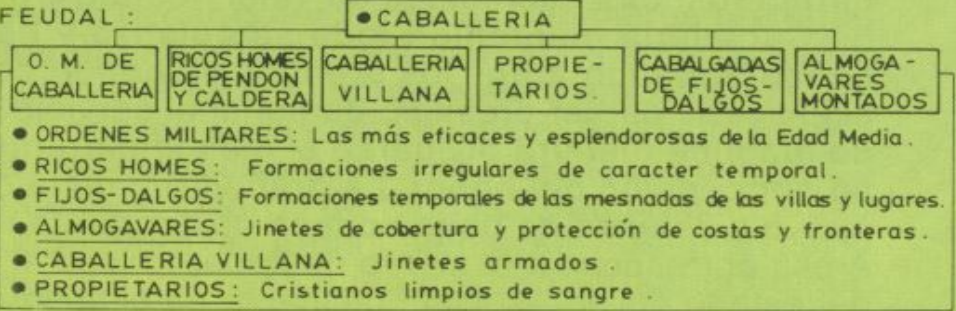
- **ARABE**:



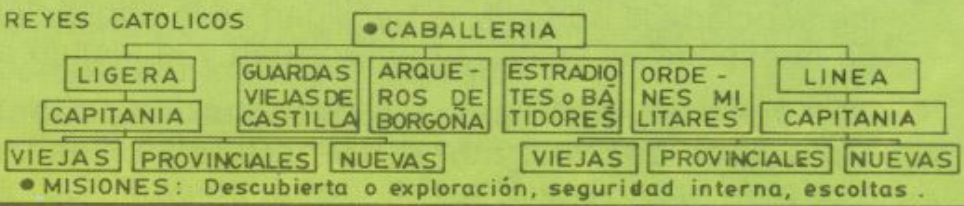
- **CRISTIANA**:



- **FEUDAL**:



- **REYES CATOLICOS**:



numerosos ejércitos, funcionarios de la Administración y gastos suntuosos de las casas reales, que tuvieron una clara expansión, especialmente en Francia.

Sin embargo, los reyes se veían obligados para mantener el poder, a sostener el dominio social de la nobleza y sus privilegios, entre los que figuraban las prebendas militares. El ascendiente social y los honores eran tan importantes para la nobleza como la riqueza. Junto a las pensiones, privilegios como la exención de impuestos o el monopolio de una serie de cargos, contaban con la facultad de poder llevar espada, defender su honor en duelo personal y ostentar en exclusividad insignias heráldicas, lo cual suponía aferrarse a los ideales de la caballería, que tanto los autores medievales habían identificado con la nobleza. En el terreno militar el oficial y el gentilhomme sentían igual orgullo en el servicio al rey que el caballero había tenido en el servicio a su señor o a su Orden, y en el aspecto social los nobles reclamaban idénticos privilegios que sus antecesores.

En todas las cortes europeas se acentúa la eterna ambición de alcanzar la dignidad de noble y la categoría de caballero. Los altos dignatarios, los juristas y los administradores aspiran a obtener patente de nobleza, que en Francia no era difícil de lograr. En Flandes los burgueses significativos toman la costumbre de contraer matrimonio con herederas de nobles familias, con lo cual adquieren rango de señores rurales.

Donde la caballería perdía predicamento no era en lo ideal ni en lo social ni en lo bélico, sino en ciertas prácticas y hábitos tradicionales que el avance de los tiempos iba relegando al olvido, como sucedía con los heraldos, que dejaron de ejercer su importante función en el mundo caballeresco debido a que en los ahora modernos ejércitos no era necesario reconocer las armas en campaña. También las juntas perdieron popularidad como consecuencia de las nuevas técnicas guerreras. Dejaron de merecer interés los relatos del Rey Arthur y de Carlomagno, en lo que tuvo su influencia la moda de leer a los clásicos traída por el Renacimiento.

Esto no significa que el Renacimiento acabara con la caballería, como pudiera creerse. El concepto ideal nunca se perdió ni se modificaron sus características esenciales de valor, lealtad y generosidad. Las Ordenes de Caballería mantenían toda su pujanza y nacieron otras nuevas. Se conservaban intactos los premios de honor, cuya finalidad mantenía el significado de dar prestigio personal al servicio de un monarca. No podía de ninguna manera olvidarse el más importante legado de la caballería: su concepción del honor. La gran virtud de la caballería radicaba en su apoyo y defensa de unas normas de conducta reconocidas como nobles. A ella correspondía el mérito de haber forjado al gentilhomme: figura típica del estado político-social dominante en el antiguo régimen. A la caballería iba asociada la cortesía, la habilidad en la equitación, en la caza, en el dominio de la espada, el valor, la generosidad y la lealtad a la palabra dada.

Todas estas virtudes las traspasaría la caballería a la vida castrense. Montaigne escribió que la apropiada, exclusiva y esencial vida para un noble en Francia era la vida de un soldado. La caballería enseñó al militar

a colocar el honor en el centro de su mundo, como un tesoro máspreciado que la propia vida. El marcado individualismo de la cultura caballeresca, expresado en el ideal del caballero andante, influyó decididamente en el enraizado espíritu independiente de la nobleza y promovió el culto al esfuerzo individual.

En cuanto a la identificación del caballero con las obligaciones religiosas sí parece que hay una mitigación. Los libros de esta época no conceden tanta importancia a este aspecto como lo hiciera el libro de Ramón Llull o el "Tratado de la Caballería" de Godofredo de Charny. Incluso se dijo que el desinterés por las Cruzadas después de la Edad Media era un signo de ruptura del compromiso de la caballería con el sentido cristiano, aunque lo cierto es que las Cruzadas no desaparecieron del horizonte político por falta de celo religioso, como se ha dicho de los hombres de la Edad Moderna, ya que precisamente las guerras europeas originadas por la Reforma, en las que ahora estaban empeñadas las divididas naciones europeas, tenían marcado sello religioso. El motivo creemos que fue más simple: no era otro que el agotamiento del entusiasmo después de la reconquista española y las guerras de los Caballeros Teutónicos. Además ahora existían otros objetivos. Las energías habían de proyectarse hacia América, la India y Africa.

Las formas de combate en la Alta Edad Media

Contamine afirmaba que la guerra había de ser contemplada como un fenómeno cultural en el que el guerrero destacaba como figura importante en el marco de lujosos rituales de la sociedad de su época, pero no han faltado quienes han cuestionado si este culto al hombre de armas o caballero andante, tan ensalzado por la literatura, se correspondía con las necesidades sociopolíticas de las naciones y si los riesgos reales que arrostraba el caballero justificaban tal encumbramiento, que pudiera considerarse negativo al emanar de los horrores bélicos y de las luchas constantes de los hombres.

Se dijo también que las batallas campales no eran tan cruentas ni frecuentes como se ha querido hacer creer, y que los caballeros preferían hacer prisioneros antes que dar muerte a sus adversarios a fin de poder cobrar el rescate, lo cual, junto a la reciedumbre de las armaduras en uso, contra las que no podían las débiles armas ofensivas del enemigo, hacían que el riesgo que afrontaban los caballeros nobles no fuera tan acusado.

Algo de cierto había en ello. A lo largo de toda la Edad Media estuvo en vigor una incesante pugna entre las armas ofensivas y defensivas, lo que ha sido constante en la historia de la guerra. No existe duda de que la protección que ofrecía la armadura, formada por un tejido de anillas de hierro, a los guerreros occidentales, sorprendió a los soldados bizantinos y musulmanes, que nunca emplearon defensas similares.

Ya a principios del siglo XI entró en el escenario la ballesta, cuyo alcance y poder penetrante, superior al del arco, modificó en cierta manera los tradicionales métodos de guerra, con lo cual parecía decidirse la pugna



San Miguel Arcángel, arquetipo del caballero de Dios, cuyo nombre y patronazgo tomaron diversas Ordenes Militares europeas

de momento a favor de la acción defensiva, ejercida por los ballesteros, frente al proyectil formado por el conjunto caballo-jinete, al que se podía neutralizar a distancia, con lo cual la lucha cuerpo a cuerpo, en la que tenía ventaja la armadura, perdía importancia. Este cambio produjo tanto malestar en el mundo cristiano que el concilio de Letrán (1139) prohibió la utilización de la ballesta en las luchas entre cristianos, por la mortandad que producía, quedando autorizado su uso solamente en la guerra contra el infiel.

Por supuesto esto no solucionó nada y se recurrió a un mejoramiento de la armadura, con lo cual las fuerzas volvían a quedar equilibradas, aunque quizá con ventaja de nuevo para la armadura, lo que se prolongaría prácticamente hasta finales del siglo XVI en que esta preponderancia se vería neutralizada por un mayor alcance del arco y la ballesta, así como por el empleo de las largas lanzas de la infantería. Como nueva réplica surgió, fruto de la habilidad y destreza de los expertos armeros en el diseño,

la armadura blindada, que presentaba las juntas articuladas, repartiendo el peso de la cota de mallas, que antes recaía únicamente sobre los hombros del caballero, y ofrecía superficies más curvadas y oblicuas que desviaban la trayectoria de las flechas y el impacto de las picas. Otra modalidad fue la sustitución del yelmo, para dar paso al bacinete con visera, más ligero y cómodo. También se protegió al caballo con una armadura más acabada y de mejor diseño, que terminaría perfeccionándose en el siglo XV.

Todo ello condujo a una mejora de la defensa del binomio caballo-jinete, que así quedaba rodeado de extraordinaria seguridad, pero no debe olvidarse que estas ventajas iban en detrimento de la movilidad y ligereza, lo que daba lugar a un rápido agotamiento por el esfuerzo, el peso y la incomodidad de la armadura.

Realmente resultaba difícil dar muerte a estos "caballeros de hierro" como les llamaron en un principio los turcos, pero cuando eran derribados del caballo quedaban por completo a merced del adversario, que podía elegir entre darle muerte a sangre fría o apresarle. En estos casos la elección no ofrecía dudas. Siempre resultaba más sustancioso lo segundo por la ganancia económica que podía obtenerse por el rescate.

El ser hecho prisionero no suponía deshonor alguna en el concepto de la sociedad caballeresca, pero no debe olvidarse que tanto como la honra importaba el patrimonio familiar, muchas veces perdido a causa del pago por la libertad después de haber sido apresado.

Aquella, como casi todas las de la historia, era una época belicosa, los enfrentamientos entre los señores feudales eran más frecuentes de lo que fuera de desear. Predominaban las escaramuzas y pequeños combates más que las batallas campales, muchas veces eludidas por ambas partes, debido a que suponían mayor riesgo y fatiga que el asalto a una fortaleza o el asedio de una ciudadela.

A finales de la Edad Media la Caballería continuaba siendo un fenómeno cultural y social, ya que estos últimos años de la centuria fueron tan belicosos como los de los primeros siglos del milenio, en los que surgieron las órdenes caballerescas. Las innumerables batallas del medievo quedaron registradas indeleblemente en las ruinas de castillos y ciudades, en los manuscritos de la época y en los tratados de los especialistas en el arte de la guerra, entre los que cabe destacar a Vegicio y Contamine. Los riesgos afrontados por los combatientes hemos de tenerlos por importantes, sobre todo si tenemos en cuenta la frecuente conjunción de guerras, enfermedades y epidemias. Y aunque mucho se haya hablado de asedios y escaramuzas, no debe cabernos duda de que también hubo relevantes y decisivas batallas, como las de Poitiers, Courtajal, Walidin Hill, Crecy, Nájera y la de Wisby, en el siglo XIV, de la que se han hallado sepulturas y fosas que han proporcionado un mejor conocimiento de las armaduras usadas por caballeros, gentiles-hombres y escuderos, tan perfectas y acabadas que vienen a corroborar la importancia que se daba al equipo del guerrero, ya conocida por crónicas y biografías caballerescas.

Estos equipos indudablemente eran cada vez más costosos y ello jugaba en la valoración individual del caballero. Las armaduras llegarían a conseguir una rara perfección en diseño y templado, con el consiguiente encarecimiento, a lo que había que unir el precio de los caballos de guerra, de condiciones muy especiales, pues había que conjugar su brío y ligereza con el enorme peso de sus protecciones metálicas y la del jinete armado. Ha de tenerse en cuenta, además, que los caballeros necesitaban remontas y monturas para sus escuderos y demás seguidores. Otro de los problemas que gravitaban sobre el guerrero medieval era el de la instrucción, que debía subvencionarse con recursos privados y formaba parte de las obligaciones sociales de la nobleza. De aquí surgiría un pugilato por ver quién gastaba más en equipamiento para los torneos y ceremonias palaciegas, ambientes en los que predominaba el culto al guerrero y a la fama ganada en el servicio de las armas. A los reyes y grandes señores feudales resultaba rentable alentar el orgullo y amor propio de la nobleza en este modo de vida, ya que así atendían continuamente al cuidado de su instrucción y preparación y siempre se mantenía vivo el deseo de adquirir experiencia en las batallas y las fatigas de las campañas.

Los guerreros de la Edad Media, durante la primera mitad del siglo XV, se integraron en fuerzas reclutadas por períodos limitados. En tiempos de paz, la sociedad y sus gobernantes animaban a los jóvenes ambiciosos de buenas familias a salir a tierras extranjeras en busca de experiencia militar, lo cual armonizaba perfectamente el ideal de aventura individual con el entrenamiento necesario para adquirir capacidad de iniciativa y resistencia para un mejor servicio a Dios, al rey y a la amada. Un país de gran atracción para la juventud noble, sobre todo si se trataba de nobles pobres, era Lombardía, tenida por Escuela de las armas y de la caballería andante, lo cual, aunque fuese cierto, no impedía que en ciertas épocas, se tornase auténtica escuela de bandolerismo, por los estragos y devastaciones que las tropas producían a su paso, comparables a los efectos de una plaga, lo cual inspiró a Mezieres para escribir su alegoría del "Peligroso jardín de la guerra". En numerosas ocasiones el paso de las Compañías Libres o Ecorcheurs, en el siglo XV, era similar al paso de una nube de langostas. Lo peor era que se trataba de un mal inevitable, pues los gobernantes no podían satisfacer los cuantiosos gastos de la guerra y se veían obligados a permitir la entrada a saco en campos y ciudades y los repartos del botín, única forma de corresponder a los gastos efectuados por los guerreros en equipo y al riesgo soportado.

Este modo de guerrear lo describe con gran realismo Philippe de Mezieres, quien supo retratar magistralmente a aquellos jóvenes nobles que a causa de su pobreza se veían obligados a participar en guerras ajenas para mantener un status social al que sólo podían aferrarse mediante el ejercicio de la profesión de las armas, única que conocían y a través de la cual aspiraban a honores y riquezas, como hicieron los almogávares catalanes, al mando de Roger de Flor, cuando conquistaron Grecia y llegaron a adquirir riqueza y nobleza gobernando las tierras conquistadas.

Hubo momentos en que la mayor parte de las fuerzas combatientes estaba formada por compañías mercenarias, socialmente muy heterogéneas, si bien los cuadros de mando se nutrían de la baja nobleza, caballeros y gentiles hombres. Aunque teóricamente existía diferencia entre estos, que luchaban al servicio de su señor y de su gloria, y los mercenarios, que ponían su espada al servicio del mejor postor, sin importarles el ideal por el que luchaban, la distinción era difícilmente apreciable en la práctica, puesto que el botín ofrecía verdadera atracción a cuantos intervenían en la contienda y en cierto modo quedaban igualados por una ambición común.

No eran raros los casos en que, al ser licenciadas las compañías de mercenarios, bien equipadas y con una absoluta falta de control, se dedicasen, para sobrevivir mientras se abría otra guerra, al pillaje y delincuencia armada, contradiciendo así el ideal caballeresco de protección de desamparados, huérfanos, doncellas y viudas, lo que acarrearía a la postre acervas críticas hacia la caballería, pues suponía el abandono del culto al honor, la disciplina y otras virtudes que fueron el origen de las nobles órdenes militares.

Ciertamente, esto, unido al relajamiento de las costumbres en la sociedad, el orgullo de la nobleza, su vanagloria, el amor por el lujo y su afán de riquezas, iba apartando a la caballería de sus tradiciones y su razón de ser. San Bernardo afeó esta degradación, contrastándola con la austeridad y el ascetismo de los Caballeros Templarios.

Antes de que finalizara la Edad Media se produjo un intento de regeneración con una llamada a la lealtad, al desinterés personal y al sacrificio, virtudes tan arraigadas en la ética caballeresca, aunque ahora se tenga como el verdadero servicio el prestado al gobernante para lograr el bienestar del pueblo y el buen gobierno de las naciones, lo que excluye las guerras privadas entre señores.

Estas consideraciones se reflejan en "El árbol de las batallas" que corre en paralelismo con las doctrinas de Bartolus, en las que se concreta la idea de que el príncipe es la fuente del honor y que el servicio al príncipe y al bienestar común es el camino más apropiado para el aspirante a la nobleza y el honor. También en los manuales de la caballería y otros tratados sobre el tema se contempla el servicio al príncipe como obligación pública.

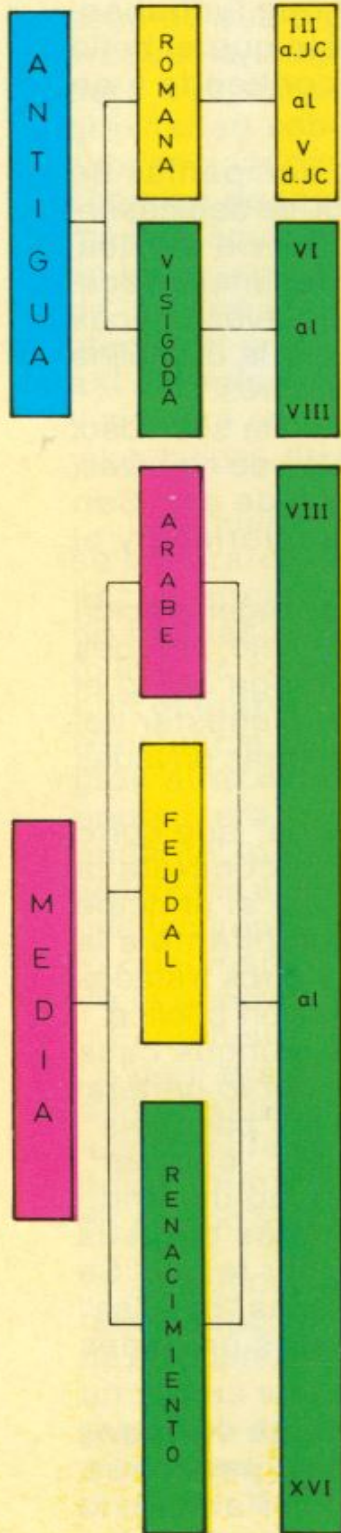
En cuanto a la organización de las fuerzas combatientes, aunque cada nación ofrecía distintas particularidades, puede decirse que por lo general en los países europeos las mesnadas de jinetes se articulaban en "banderas", integradas por cinco o seis caballeros al mando de un "barón": "batallas", compuestas por quinientos caballos y o bien de tipo mixto, aglutinando a jinetes e infantes, entre los que formaban guerreros nobles con sus escuderos, pajes, ballesteros y arqueros, al mando de un señor feudal. Se dividían en "cuadrillas" de cincuenta hombres. El conjunto de varias "batallas" constituía una división. Las formaciones que adoptaban estas unidades se denominaban "cuneo", "muela", "haz", "muro" y "cerca".

Como signos de identificación se utilizaban en el combate variados distintivos, divisas sobre los arneses, banderas, estandartes, pendones, guiones, confalones, grimpolas, palaus..., que se correspondían con la categoría de los mandos. La bandera-pendón y el estandarte eran símbolos

RECLUTAMIENTO

EDAD EPOCA SIGLO

CARACTERISTICAS DEL RECLUTAMIENTO



- **CABALLERIA IMPERIAL:** Ciudadanos romanos exclusivamente.
- **COMBATIENTES AUXILIARES:** Extranjeros: Trabajos de zapadores.
- **ALISTAMIENTO:** sin discriminación de clases. Todo ROMANO es un soldado.
- **MANDOS:** Tribunales, Centuriones, Decuriones.
- **ALISTAMIENTO - ELECCION DE JINETES - JURAMENTOS DE FIDELIDAD.**
- **EJERCITO GODO:** Todos los habitantes:

Ciudadanos	Eran matriculados y numerados.
Extranjeros	
Libres	
Esclavos	
Clerigos Seglares	
- **CEREMONIA DE HABILITACION DE GUERRERO.**
- **SISTEMA:** GARROMIAS
- **CALIFA DE CORDOBA:** Ordena el alistamiento mediante DECRETOS.
- **EMIRES DE PROVINCIAS:** Organizan las listas.
- **TIPO:** LEVAS: Fijandose en DAHIRES el contingente de tropas.
- **CARACTER:** Temporal para una compañía.
- **GUARNICION DE PLAZAS Y CASTILLOS:** A cargo del EJERCITO DEL EMIR.
- **TODO ARABE** es considerado un soldado.
- **MESNADAS O COMPAÑIAS:** A cargo de cada PUEBLO-CIUDAD o LUGAR.
- **REEMPLAZOS:** Mozos de 25 a 50 años.
- **PAGO DE TRIBUTOS:** A cargo de los no exentos por causa fisica o religiosa.
- **REGLAMENTACION:** Ordenanza de Antequera.
- **RECLUTAMIENTO DE:**

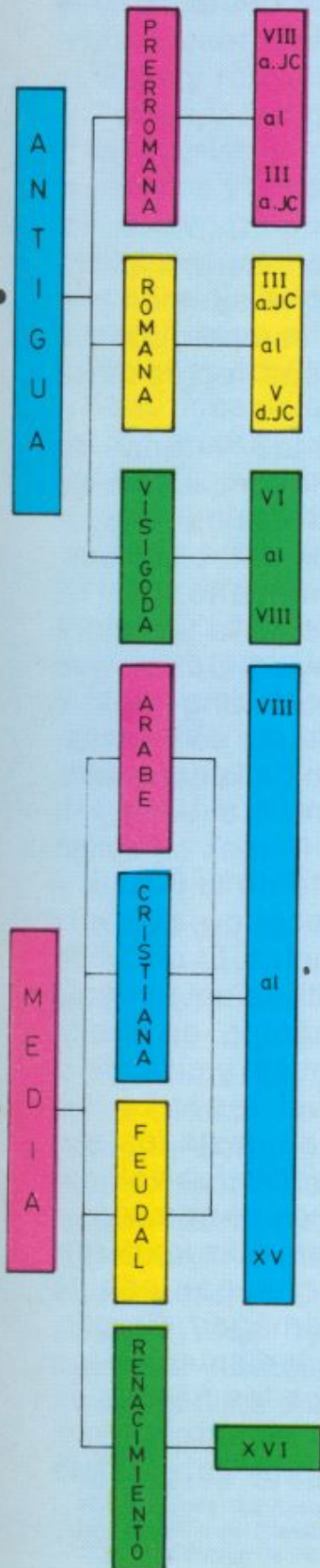
INFANTERIA:	Zona Septentrional.
CABALLERIA:	Zona Central y Meridional.
- **INCORPORACION DE LAS HUESTES:** Al toque de APELLIDO.
- **PLAN QUINTANILLA:** Armamento general del pais.
- **HABITANTES DEL LITORAL:** Espingardas y piezas artilleras.
- **REEMPLAZO:** Mozos 20 a 40 años.
- **DURACION:** 3 años.
- **EXENCIONES:** Hidalgos y pertencientes a tierras solariegas.
- **ARMAMENTO:** Vecinos renta 5.000 maravedis: PAVES, LANZA, ESPADA, CASQUETE.
- **OBLIGATORIO:**

10.000 maravedis:	PAVES, LANZA, ESPADA, CASQUETE, DAGA, BALLES TA, CORZA.
20.000 maravedis:	ESPINGARDA-150 pelotas-20 libras de polvora.

● VESTUARIO o UNIFORMES

EDAD EPOCA SIGLO

● CARACTERISTICAS DEL VESTUARIO o UNIFORMES



BRACOS o CALZONES, TUNICA MANICATA, SAYOS, CLAMIDES, SISURNAS, LATICLAVIUS, SOMBREROS o CASQUETE, SAGUM CUCULATUM de color blanco u oscuro

AMICTUS, INDUTUS, LACERNA, CUCULLUS, TOGA, PALUDAMENTUM, SAGUM, BRACAE, TONELETE CAMPESTRE, CINETUS o CINGULUM, SOCCUS, TIBIALIA, FASCIAS CORALIS, MULLEUS, CUTHURNUS.

SAGOS MILITARES, BALTEOS, BRACCAS, ALBARCAS, BULGAS o ESCARCELAS.

KAMIS, ZARAGÜELLE (SHIRVAL), ABAN, BORD, KABA, KÖF, TIKEN, BABUCHA, DJUBBA, JUBON, KHAMISAH, CHUPA, HISBARA, BORNOZ, AIMA AH, NAAD, MIRT, HIZAN, NAMIRAH, KALANSWEH, MODKEMA, BARYM, HIYAZAH, IZAR.

BAMBEZUM o BOMBICUM, GUANAPIE o GONELA, CICLADA o CICLATON, BRIAL o BRAQUIAL, LUAS o LUBAS o WANTES, SOBREGONEL.

CALZAS escarlatas para los señores, BRIALES, SAYAS TUNICAS TALARES, PELLIZAS, CICLATONES CICLATAS, GARNACHA, CAPAS, GALOTAS o GALATOS, SANDALIAS Y ZUECOS.

● DE LOS REYES CATOLICOS

● ARQUEROS DE BORGÑA

SOBREVESTA o SAYO BLANCO.
DIVISA: Cruz de Borgoña.
CELADA con AIRON BLANCO.

● ESTRADIOTES

SAYO ALPARGATAS BACINETE

● GUARDAS VIEJAS DE CASTILLA

DE PUNTA EN BLANCO

regios. Las banderas fueron llevadas por los duques y posteriormente por los alféreces. El pendón fue el distintivo de las Ordenes Militares y era portado por los posaderos. Servía para jalonar los parajes donde se alojaban las compañías, y también los llevaban los "ricos-homes de pendón y caldera", facultados para mantener y levantar hombres de guerra. La grimpola tenía como finalidad señalar los sepulcros de los caballeros.

La Caballería en la Literatura Medieval

No quedaría completo un estudio de la caballería que no tocara, siquiera someramente, su extensión literaria, que tanto influyó en la difusión y la exaltación del ideal caballeresco y que creó toda una cultura europea, aunque numerosas veces se desviara por extraños caminos mitológicos, recreándose en viejas fábulas y leyendas célticas, románicas y griegas.

Las obras más destacadas se centraron alrededor de las historias de Carlomagno, el Rey Arthur, y los Caballeros de la Tabla Redonda. Uno de los primeros libros que vieron la luz fue "La Canción de los Cisnes", cantar de gesta que narra las guerras del imperio carolingio contra los sajones, lo cual despertará la fantasía del mundo caballeresco en el año 1100 (1). Se produjo después, mediado el siglo XII, un florecimiento de la literatura clásica griega y romana, con las historias de Tebas, Troya y César, que calaron muy hondamente en el norte y oeste francés y corte angevina. Y ya al final del siglo, Chretien de Troyes puso de moda al Rey Arthur de Bretaña.

Los cantares de gesta, en los que se unía el honor al culto de la caballería, describían un mundo endurecido y viril, en el que se prefería el valor y la violencia de los combates a las reuniones cortesanas. Los héroes se solían presentar como diestros y acabados caballeros en el arte de la guerra y la jineta, altruistas defensores de la ley y perfectos conocedores de sus deberes y obligaciones con respecto a sus señores y parientes. El denuedo en las batallas y el orgullo de un leal servicio eran los distintivos del perfecto caballero, tanto en la época carolingia como en la germánica, en que la aspiración general era la posesión de un caballo para el combate y el dominio de la monta, con lo que se conseguía la identidad social y valores atribuidos al mundo caballeresco de la época. Fueron los cantares de gesta los que prepararon el terreno al modelo de vida medieval, tan dado a los valores espirituales y al simbolismo. Consiguieron que los poemas épicos carolingios se adentraran en los castillos, claustros y palacios y traspasaran las fronteras. Es entonces cuando la caballería comienza a contar con un panteón de héroes, entre los que figuraban en primeros lugares Carlomagno, Roldán, Olivares, Ogier... Las iglesias y monasterios comenzaron a disputarse los derechos a poseer los campos donde estaban enterrados los héroes de Roncesvalles (2) y las muestras iconográficas de las luchas carolingias. Aún pueden verse esculturas del siglo XII de este tipo en la Catedral de

(1) "La Canción de los Cisnes", págs. 1-2.

(2) Bedier. "Las leyendas épicas". Tomo IV, págs. 403 y ss.

Verona y las vidrieras de Chartrés (3), así como en otras muchas de iglesias francesas, lo que pone de relieve la profunda interdependencia del cristianismo y la sociedad seglar y guerrera.

Las costumbres, virtudes y hazañas de los paladines épicos eran lecciones, espejos donde habían de mirarse todos cuantos quisieran alcanzar el ideal caballeresco, el cual se fue a buscar también a través de los clásicos griegos y romanos, para resucitar las historias de Roma, los sitios de Troya y Tebas y las guerras de César y Alejandro (4). Tanto la corte de los Plantagenet como otros círculos cortesanos acogieron y dieron protección a eruditos y literatos latinos que cooperaron extraordinariamente a la difusión del nuevo gusto literario. Se relacionó al mundo antiguo con el medieval y se buscaron semejanzas y se realizaron imitaciones en los blasones, escudos y todas las manifestaciones de la heráldica. Se encontraron paralelismos entre César, Cleopatra y personajes de aquella época. Las campañas de Alejandro se consideraban como un anticipo de las Cruzadas, y a sus doce pares se les equiparaba a caballeros medievales. Correlativamente se iba produciendo una mayor inclinación por los libros y la erudición, por los castillos grandiosos y los coloristas ambientes palaciegos.

Entre otras muchas obras de la Edad Antigua se tradujo el tratado de Vegetio sobre táctica y la mayoría de obras que versaban sobre mitología griega y romana, cuyos dioses se iban convirtiendo poco a poco en símbolos y ejemplo de héroes a imitar por la juventud guerrera. Al mismo tiempo se recogían todas las enseñanzas que, sobre disciplina, destreza, vigor físico y otras cualidades personales, contenían los libros antiguos.

Uno de los clásicos más leídos era Ovidio, cuyo estilo encajaba perfectamente en la idea medieval del amor. Fue traducido por Chretien de Troyes (5), verdadero maestro en el conocimiento de los sentimientos de héroes y heroínas y la fuerza del amor como motor vital y característico del caballero.

Pero donde mejor y más abundantemente se trató el tema del amor fue en la literatura centrada en torno al Rey Arturo de Bretaña y sus caballeros, otro destacado tema de gran parte de la Edad Media. Según el autor de "El Cantar de los Cisnes" (6), las obras sobre la corte artúrica eran agradables y algo ficticias, por contener numerosas fábulas basadas en leyendas y mitos célticos, lo que las hacía diferentes de las historias sobre Carlomagno, tenidas como verídicas y de la literatura romana, considerada como instructiva. No cabe duda de que las lecturas sobre el rey bretón presentaban un gran atractivo para la mentalidad de los años medievales, tanto por su amenidad, extraordinarios sucesos, defensa de la dama y de su honor y bellas descripciones de los torneos y su ceremonial, como porque simbolizaba mejor el ideal del caballero andante, quien veía aquí conjugada la vida de aventura y heroísmo propia de la caballería con el impulso erótico del amor. Los más altos ejemplos pueden hallarse en las historias de Lancelot y Tristán,

(3) R. Lejeune, "La leyenda de Rolando en el arte de la Edad Media", págs. 61 y ss.

(4) E. Kohier, "La Aventura Caballeresca". Capítulo II.

(5) Chretien de Troyes, "Ovidio y el arte del amor".

(6) "La Canción de los Cisnes", págs. 1-2.

donde se entremezclan perfectamente la vida cortesana, los amores sublimes y la vida militar.

La literatura en torno al Rey Arthur era esencialmente un culto a la caballería cristiana, de lo que constituyen pruebas la obra de Godofredo de Monmouth "La leyenda artúrica" (7), y el "Parzival" (8) de Wolfram Von Eschembach, así como la novelística centrada en los Caballeros de la Tabla Redonda, considerada como la mejor reunión de caballeros cristianos. La historia del Santo Grial llevó la narrativa caballeresca hacia un misticismo eucarístico muy propio de aquel tiempo. El trío de mesas formado por la de la Última Cena, la del grial y la de la Tabla Redonda, engarzaba la historia de los caballeros del rey Arthur con la Historia Sagrada, pues sus narraciones unieron tradiciones, símbolos y costumbres de la caballería medieval con la caballería bíblica del rey David y de Judas Macabeo. Los guerreros del Antiguo Testamento que lucharon contra los filisteos eran exaltados como ejemplos de caballeros (9).

La Biblia fue muy conocida en los círculos nobles y caballerescos de la época de Lancelot, debido al gran número de traducciones que se hicieron a la lengua vulgar, a cargo de la nobleza menor y del clero, principalmente franciscanos, dominicos y mendicantes. En el siglo XII circularon abundantes traducciones del libro de los Jueces, de el de los Reyes y el de los Macabeos, realizadas por los templarios e incluso se llegó en ciertos momentos a relacionar la interpretación de las Sagradas Escrituras con las enseñanzas de la caballería, en la que se consideraban las historias de Josué, David y Judas Macabeo como la más alta expresión de la actividad caballeresca. Según Jean de Leguyen, los nueve supremos héroes eran tres personajes de la caballería bíblica, los tres ya citados Josué, David y Judas Macabeo; tres campeones de la caballería pagana, Héctor, Alejandro y Julio César, y tres de la caballería cristiana, Arthur, Carlomagno y Godofredo de Bouillon (10).

Al lado de estos nueve varones se alineaban nueve heroínas, todas ellas pertenecientes a la Edad Antigua, cuyos retratos aparecían en "El Caballero Errante" de Tomás Saluzzo.

Estas triadas descritas por Jean de Leguyen, así como toda la bibliografía caballeresca en general ponen de manifiesto que la institución de la caballería no se conformaba con su presente y buscaba remotos orígenes, a lo que tan dado ha sido siempre el género humano. Los tres héroes judíos eran un antecedente en el que se entroncaba al caballero con el Antiguo Testamento, la historia del pueblo elegido por Dios para la venida de Cristo. También a los paganos se concedía un papel precursor, pues se argumentaba que la evangelización de los gentiles y el reconocimiento de la Iglesia cristiana se hizo posible gracias a la paz romana basada en los triunfos de la caballería pagana (troyana, griega y romana). Por último, la caballería cristiana suponía el fruto de aquellas dos tradiciones y culturas. De ahí que los nueve varones simbolizaran la importancia y trascendencia de una historia no terminada

(7) Godofredo de Monmouth. "Leyenda artística", págs. 232-233.

(8) Wolfram Von Eschembach. "Parzival", págs. 441-445.

(9) Sommer. "La Vulgata", págs. 116-117.

(10) K.J. Holgen. "Los nueve varones", págs. 279-309.



Los Caballeros del Temple constituyeron una orden religioso-militar de gran predicamento y poderío en la época medieval

y que recordaba el ejemplo del pasado. El culto a estos nueve héroes tenía como objetivo poner de relieve la coherencia de la mitología con la historia caballerescas. Las figuras de caballeros en piedra, bronce, tapices o vidrieras transmitían un mensaje misterioso o divino para cuyo entendimiento se necesitaba cierta erudición, lo mismo que para interpretar los símbolos de la caballería era preciso conocer los significados de escudos y estandartes, únicamente al alcance de los versados en la ciencia del blasón, generalmente los profesionales de la heráldica.

De cuanto llevamos escrito puede sentarse la conclusión de que la caballería no sólo era una institución de fines militares, sino que trascendió a otras muchas esferas y constituyó toda una cultura, unos sistemas de vida y hábitos sociales que heredarían las edades futuras en gran medida. La espada por sí sólo nada hubiera conseguido sin la ayuda de los clérigos literatos, de manos de los cuales se transmitió la sabiduría del pasado y se impregnaron las actividades caballerescas y mundanas de cierto halo de espiritualidad y virtudes, sin las cuales hubiese sido imposible todo progreso.

El trinomio armas, nobleza y honor

La literatura, a lo largo de la Edad Media, tanto a través de tratados eruditos como de narraciones traducidas a la lengua vulgar por caballeros letrados y clérigos monacales, fue sentando los criterios sobre la institución de la caballería y de la nobleza europea y estableciendo los valores fundamentales por los que había de regirse la sociedad. En este aspecto cabe destacar las opiniones contenidas en la obra de Bartolus (11), transmitidas por Diego de Valera, Nicolás Upton y Jean Beuil. Este último copió extensos pasajes de las leyes de la guerra de "El libro de los hechos de armas", de Cristián Pisón, y de "El árbol de las Batallas", de Benet (12).

Los heraldos, considerados como registradores del valor y el honor caballeresco, eran quienes se preocupaban de concordar la práctica con la teoría extraída de los tratados de caballería y contribuyeron tanto como los escritores a la formación de una cultura centrada en la admiración hacia el caballero, eje de la sociedad y tenido como ejemplo de virtudes (13). A ello contribuían indudablemente los monarcas con su política de concesión de honores y títulos a los caballeros distinguidos para suscitar imitaciones entre sus vasallos. En la concesión de blasón, yelmo y timbre que Carter hizo a Edmund Mylle en 1459, se decía que la finalidad de la recompensa era la de que tanto el titular como su descendencia fueran en todo lugar honrados ante los demás, luciendo ciertas insignias y demostraciones de honor y gentileza, a la vez que de estímulo para que los demás se esforzaran en emplear sus días en hechos de armas y obras virtuosas.

Fue instituyéndose con estas prácticas el trinomio armas, nobleza y honor, tenido como cima social y meta a la que debían aspirar los hombres del medievo que no poseían títulos de nobleza por derecho de nacimiento. Ciertamente, los reyes nunca fueron tacaños a la hora de conceder títulos a vasallos de humilde cuna. En el continente abundaron las "cartas patentes" especialmente en Francia, donde Carlos VII hizo nobles a hombres sencillos por notables hechos de armas (14). El mismo rey ennobleció e hizo caballero a Jean Bureau, maestro de artillería por su prudencia y sabiduría con las armas (15). La más famosa de las concesiones recayó en una dama, familia de Juana de Arco, que fue ennoblecida mediante la concesión del derecho a usar las armas que la doncella llevó en su escudo (16).

Los tratadistas Diego Valera y Oliver de la Merche eran partidarios del ennoblecimiento por el valor y afirmaban que si el príncipe viera o conociera que un hombre de bajo rango se comportaba notablemente podía elevársele a la nobleza, aunque no fuese rico o de noble linaje y que el caballero que se distinguiera por su valor debía ser recompensado públicamente (17). Cuando se trataba de nobles, el reconocimiento al valor o servicio prestado

(11) D. Valera. "Espejo de verdadera nobleza", págs. 90 y ss.

(12) J. de Bueil "Le Jouvencel", págs. 137-186.

(13) Wagner "Heralds and Heraldry in the Middle Ages", págs. 125-126.

(14) A. de la Rocque. "Tratado de nobleza", págs. 166-167.

(15) Biblioteca Nacional de París. (MSFR 1280, folio 53).

(16) Biblioteca Real de Bruselas. (MS 21552, folios 23-24. Menestrier: "El Verdadero arte del Blasón", pág. 264. Warner, "Juana de Arco", págs. 163-186-187.

(17) Biblioteca Real de Bruselas. (MS 11407, folios 55-76).

se exteriorizaba añadiendo o permutando símbolos en su escudo de armas (18).

El modo de premiar el valor en campaña era el espaldarazo, que equivalía a algo más que un signo de distinción, pues suponía un grado específico en el escalafón medieval de la aristocracia. Ocupaba una posición inmediatamente por debajo del barón y por encima del escudero. En los tratados de caballería figuraba como principio aceptado que quienes demostraban valor con las armas podían ser nombrados caballeros en campaña, aunque lo más usual era armarles caballeros, mediante el espaldarazo, en la víspera del combate, con lo cual, además de premiar su valor, se le estimulaba. El espaldarazo de la caballería, por sí sólo, elevaba al titular al rango de oficial (19). Según escribiera Banneret, en la promoción al rango de caballero o noble debía tenerse en cuenta la capacidad del promocionado para mantener su dignidad. Jean de Beuil opinaba que un hombre distinguido por su valor en el asalto a una ciudad podía ser ennoblecido, pero no armado caballero (20). Sí podía serlo, en cambio, cuando se distinguiera en el campo de batalla, ya que la lucha cuerpo a cuerpo suponía un mayor derroche de valor. Banneret llegaba a establecer una escala de méritos para alcanzar justamente los diferentes honores y recompensas.

Esta escala puede verse, ya con rango reglamentario, en los estatutos de la Orden del Dragón (21), debidos al Conde de Foix. El emblema de la orden presentaba un dragón con una serie de huecos o "sieges", que habían de rellenarse con distintos metales preciosos. Si el titular había participado en torneos previstos en los estatutos, llenaba uno de los huecos con un diamante; si había luchado cuerpo a cuerpo en lizas individuales o formado parte de un equipo de gentilhombres, un rubí; si había participado en un combate naval o en batalla a campo abierto, una esmeralda. Si intervino en el asalto a un castillo o ciudad podía colocar una turquesa y, si fuese armado caballero en campaña contra los sarracenos, un zafiro. Otra piedra de esta misma clase podía colocar si había peregrinado al Santo Sepulcro de Jerusalén (22).

Godofredo de Charny distinguía tres diferentes clases de encuentros en campaña, que denominaba "rencontre", "besogne" y "bataille", en orden ascendente de honor (23). El más pequeño de los honores podía conseguirse en un torneo; uno mayor en un asalto y otro más elevado en batalla campal. Algunos hechos de armas determinaban honores especiales, tales como la lucha cuerpo a cuerpo y ser el primero en poner pie en tierra enemiga desde el mar o en un asalto. El honor supremo era participar en las cruzadas contra el infiel.

En Alemania, el reparto de premios al valor se institucionalizó en la "Mesa de Honor de los Caballeros Teutónicos" y se tenía por mérito privilegiado en la escala de valores participar en las luchas contra los paganos de Lituania, a las que se confirió categoría de guerra santa. Esta orden religioso-militar,

(18) Dennys. "El Heraldo", págs. 30-31.

(19) J. de Joinville. "Historia de San Luis", pág. 55.

(20) J. de Beuil. "Le Jouvencel", pág. 113.

(21) Biblioteca Real de Bruselas. (MS 21552, folios 27-28).

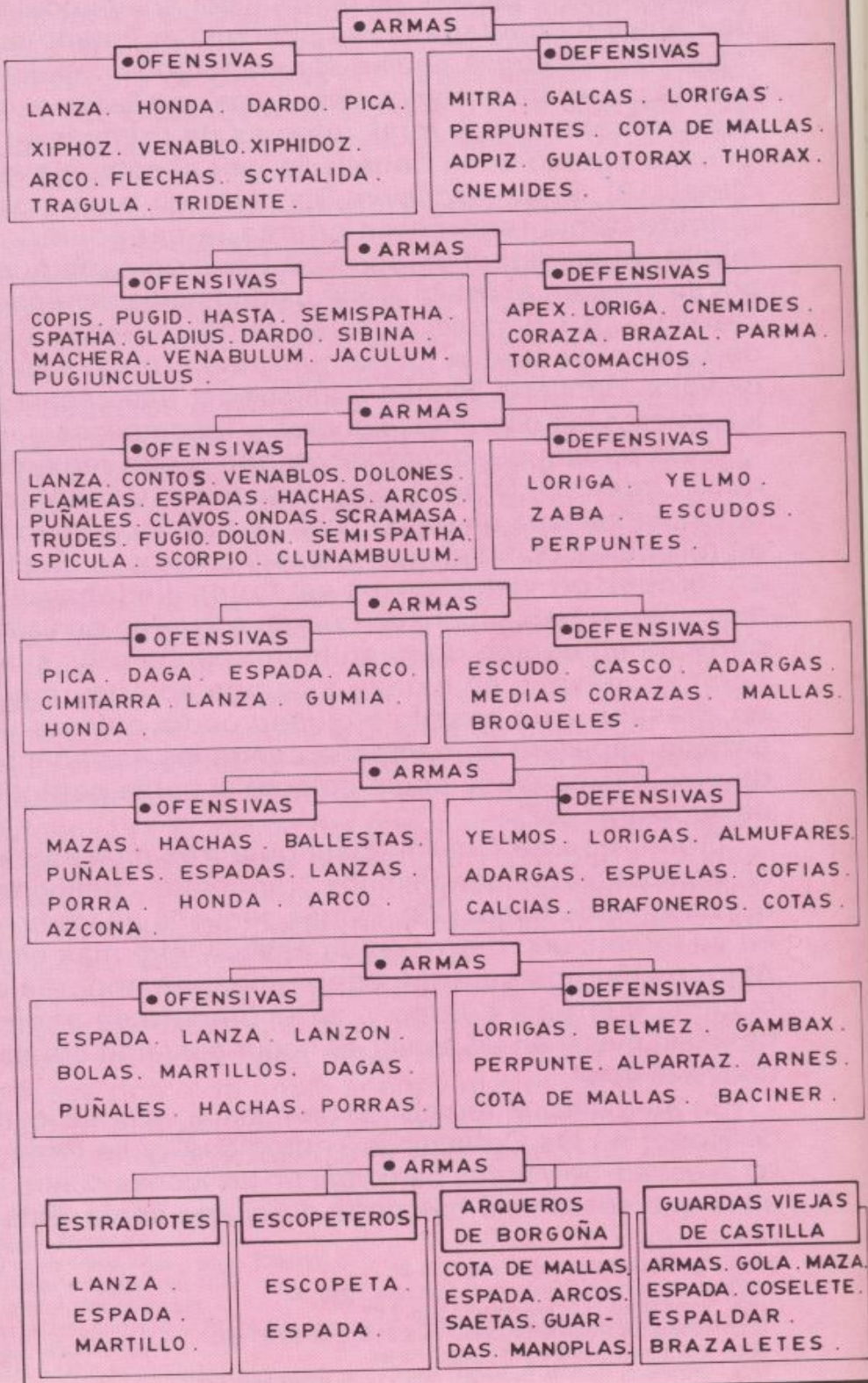
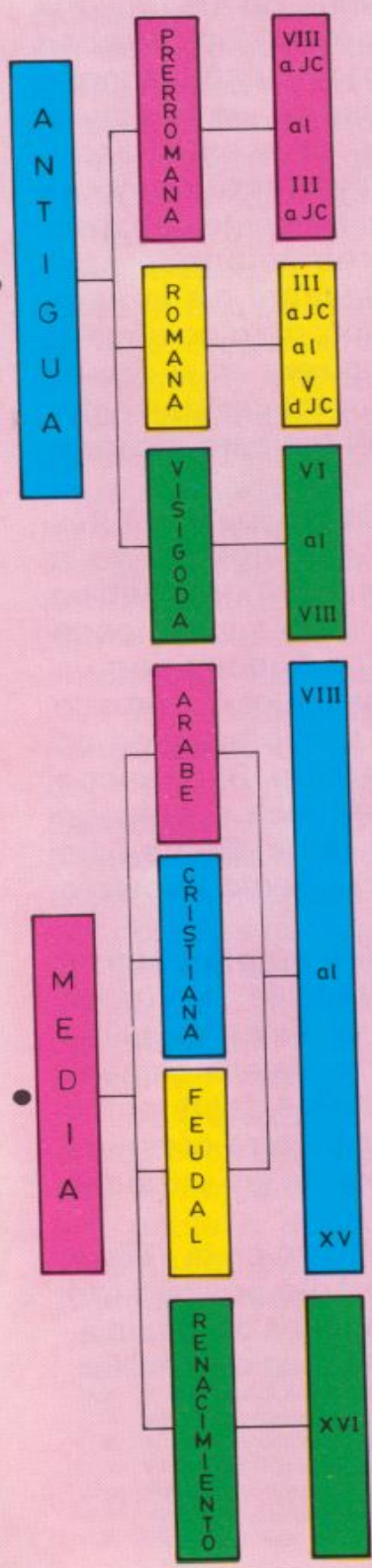
(22) P.S. Lewis "Le Dragón", págs. 77-84.

(23) Biblioteca Real de Bruselas. (MS 11125, folios 54-59-60).

● ARMAMENTO

EDAD EPOCA SIGLO

● CARACTERISTICAS DEL ARMAMENTO



cuyo modelo fue el de los Templarios, tuvo también como escenarios bélicos Tierra Santa y la frontera oriental de la cristiandad. Prusia y Lituania se convirtieron en el centro de gravedad de las Cruzadas para la caballería occidental. Los combates de los wilderness eran extremadamente duros por las sequías y las heladas; las oportunidades de botín, escasas, y grande el peligro de muerte y la fatiga. El mayor galardón al que podían aspirar los caballeros que acudían a estas expediciones, denominadas "reise" era el de ocupar un lugar en la "Mesa de Honor", en función de los méritos contraídos. Alrededor de ella se sentaban los doce caballeros más cualificados de los países participantes en la expedición, los cuales recibían insignias, condecoraciones y los más altos honores. (24). Todo ello venía a constituir una ceremonia de reparto de premios que recordaba la mesa legendaria de la Tabla Redonda del Rey Arturo.

La otra cara de la moneda era el deshonor, que también poseía sus gradaciones. En la Orden de Tiercelet (25) se decía que podían disminuirse las insignias a quienes fuesen culpables de un hecho de armas deshonoroso. El faltar al compromiso de pagar rescate (26), la cobardía y la traición eran cargos muy serios en una sociedad cuya ética era esencialmente militar. Los castigos iban desde la privación de rango o insignias hasta la muerte. Para el caballero traidor se montaba un espectacular acto de degradación. Se le cortaban las espuelas a la altura del talón, se le desposeía de las insignias, se le expulsaba de la orden de caballería, se invertía su escudo de armas y se le conducía al pabellón de la muerte.

Algunas reminiscencias de estos actos perviven actualmente en la vida castrense, tanto en la concesión de premios como en los casos de fusilamiento previstos por las leyes.

El caballo en la Historia y la Literatura

El imperio de Alejandro el Magno, el de Genghis Khan, el de Roma, el de España en Europa y América y la gran aventura de la Reconquista española ha sido la historia de las grandes cabalgadas. No sería por tanto exagerado decir que la historia de la humanidad es también la historia del caballo, ese bello y brioso animal inseparable compañero del hombre a la hora de pelear y morir en las grandes gestas militares que condujeron a la expansión de los pueblos en cualquier continente.

El caballo ha sido el soporte, amigo y símbolo permanente de la caballería. Por ello no seríamos justos si no dedicásemos unos párrafos a tan hermoso animal y su decisivo papel en el caminar de la civilización.

El jinete y su cabalgadura han recorrido caminos paralelos de tal forma que, como dijo Rubens Dari "no se concibe Alejandro sin Bucéfalo, ni al Cid sin Babiaca, ni al apóstol Santiago a pie, sin su caballo blanco". Lo mismo podría decirse de una lista interminable de binomios jinete-caballo

(24) D'Oronville. "Crónica del Buen Duque Luis de Borbón", págs. 65-66.

(25) M. Vale. "Orden de Tiercelet". Revista Histórica Inglesa núm. 82, págs. 340-341.

(26) Keen. "Las Leyes de la Guerra en la Edad Media", pág. 173.

o caballero-cabalgadura, en la que no podrían olvidarse los nombres del Janto de Aquiles, del Incitatus de Calígula, del Marengo de Napoleón, del Bragao de Hernando de Soto, del Genitor de Julio César, del Al-jur de Abderramán III, del Orelia de Rodrigo, del Lakko de Tarif, del Vencedor de Roncesvalles, del Desdichado de Ivanhoe, del Negro de San Fernando III, del Brilladoro de Orlando, el Rocinante de don Quijote... De los binomios podemos pasar a los trinomios y polinomios, como en los casos de los caballos de Almanzor llamados Al-baidan, Al-sudan, Al-rayut y Al-sayat; los de Hernán Cortés, Arriero, Romo, Motilla y Cordobés; los de Pizarro, Villarro, Zoinillo y Salinillas: los de Juana de Arco, El Blanco y El Negro, sin contar los bíblicos del Apocalipsis de San Juan ni los mitológicos como el Pegaso o los caballos del Sol, Eriteo, Acteón, Lampos y Filógeo.

Todos estos corceles, unos de carne, otros de fábula y algunos de madera como el Clavileño de Don Alonso Quijano y el Caballo de Troya, se han incorporado a la inmortalidad junto a los nombres de sus jinetes. Desde la mitología al arte del rejoneo, pasando por la Biblia, las leyendas, la historia, la literatura, el arte, la pintura, la escultura, la caza, los deportes, los espectáculos y, especialmente, la milicia, el caballo ha sido una constante en el devenir de los siglos.

La mitología grecorromana, centrada en torno a los doce dioses del Olimpo, que integraban la familia divina, nos presenta a Poseidón, soberano del mar, protector del caballo, quien lo regaló al hombre, y a Palas Atenea, diosa de la agricultura, como inventora de la brida o el freno que otorga al hombre el dominio sobre el bello animal. En el Olimpo estaba también Pegaso, el caballo volador, mensajero de Zeus, portador del relámpago y el trueno, montado y dominado por Belerofonte con la brida de Atenea. Este caballo, incansable ráfaga de viento en el espacio, ha pasado a la inmortalidad como símbolo de la velocidad y primer medio de comunicación. El Sol, en la mitología helena, estaba representado por un soberbio carro del que tiraban cuatro hermosos caballos, Eriteo, Acteón, Lampos y Filógeo, simbolizaban el sol nascente, la aurora radiante, el mediodía deslumbrante y el sol poniente, es decir toda la curva del horizonte, que gracias a la rapidez de los corceles podía ser recorrida en doce horas, desde el amanecer al anochecer.

Los caballos no sólo eran símbolos. A veces tomaban papel de protagonistas. Helios robó los cuatro corceles de las cuadras divinas del Olimpo y Zeus le castigó privándole durante doce horas de poder alguno, por lo que su hermana Selene (Luna), hubo de prestarle su luz.

En la mitología vikinga, al describirse los caballos del Sol, se explica que la Noche fue una hermosa dama que con su Oscuridad tuvo un hijo llamado Día, y que los dioses dividieron la jornada en dos mitades iguales que denominaron Luz y Oscuridad. A ambas proporcionaron un carro con dos corceles para que circularan por la tierra uno tras otro, pisándose los talones, cada doce horas y dispusieron que sobre ellos cabalgara el Sol sobre un carro arrastrado por dos caballos llamados Supremo y Madrugador.

También en la Biblia se hacen continuas alusiones al caballo. Dos mil años antes de Cristo el pueblo elegido de Dios ya conocía al caballo y lo utilizaba en las tareas agrícolas y domésticas. Aparece en el Génesis, el



San Jorge montando un soberbio caballo blanco acomete al dragón, animal inevitable en la mitología caballeresca

Exodo, el Deuteronomio, el libro de Job, el de Reyes y, finalmente, en el Apocalipsis de San Juan. En el del Génesis se habla del caballo en torno a José y las siete plagas de Egipto; el Exodo nos muestra la transcendencia que tuvo que el Faraón perdiera su cabalgadura en la persecución de los israelitas; en el Deuteronomio se lee el paso de los carros y caballos egipcios por el Mar Rojo; el libro de Job se ocupa en describir el caballo de guerra; el de los Reyes habla del caballo que pateó a Heliodoro... Pero quizá los más importantes fueran los corceles del carro de fuego que transportó a Elías y los descritos en el Apocalipsis: un caballo blanco montado por un jinete que llevaba un arco y, sobre la cabeza, una corona, con el que se simbolizaba la peste; un caballo negro, cuyo jinete portaba una balanza para pesar el sustento del hombre, como símbolo del hambre; un corcel de color de fuego montado por un jinete que esgrimía una espada, como símbolo de la guerra, y, por último, un caballo pálido, cuyo jinete esgrimía una guadaña, símbolo de la muerte.

No se puede echar en olvido el caballo de Sáulo, del que se nos habla en Los Hechos de los Apóstoles, que, cegado por una luz divina, tiró a su jinete, el cual, al levantarse, creyó en Dios y acabaría siendo el apóstol San Pablo.

La leyenda de todos los pueblos aparece saturada de nombres de caballos, como los de Sibaris, ciudad en el empalme de la bota italiana, que estaban perfectamente adiestrados mediante doma musical. Eran escogidos entre los mejores caballos de Tesalia, Capadocia y Persia y se les sometía a unas pruebas durísimas. Cargados y tras varios días sin comida ni bebida se les obligaba a realizar prolongadas marchas. Los tres corceles que mejores marcas conseguían eran los seleccionados para pasar a formar parte de la caballería sibarita. El resto de los caballos se dedicaban a la caza o tareas agrícolas.

Quizá el más famoso de los caballos de la leyenda fuera el llamado Encantado en "Las mil y una noches", capaz de volar por el espacio accionado por clavijas y palancas y que tanto admirara a Leonardo da Vinci y que fue seguramente el inspirador de Cervantes para el Clavileño con el que imaginó viajar por los aires don Alonso Quijano.

En la historia y la literatura tenemos a Incitatus, el caballo mejor tratado por dueño alguno. Para él mandó Calígula construir una caballeriza de mármol y un pesebre de marfil, aunque ello no sería obstáculo para que, más tarde, en castigo por haber perdido una carrera, le diera una muerte lenta, según testimonio de Estrabón en su "Vida de los doce Césares".

Estrabón, Plinio, Tito Livio, Polibio, Suetonio, y, en tiempos más cercanos, Menéndez Pidal, nos hablan de los caballos salvajes que los iberos utilizaban para la caza y para la guerra y de la destreza de los jinetes. Solino, en su obra Polyhistor, hablando de las yeguas que pastaban en las cercanías de Lisboa, decía que "concebían por el viento". Plinio el Viejo se expresa en los mismos términos del ganado caballar de Lusitania. La Iliada nos describe cuatro corceles voladores, de pies de bronce y crines de oro y presenta a Héctor como domador de caballos y a Troya como criadero de corceles. Se habla también de Janto, el famoso caballo de Aquiles, que formaba trío con Balio y Pegaso. Homero entona aquí un canto al caballo pocas veces igualado. Alaba a Janto, Podargo, Etón y Lampo, caballos de Aquiles y Héctor en el duelo que éstos sostienen ante las murallas de Troya, y finalmente describe el famoso Caballo de Troya, construido de madera, símbolo de la astucia o la traición, inventado por el sibilino Ulises. Ocultos en su vientre los griegos consiguieron introducirse en Troya, logrando así en una sola jornada lo que no pudieron conseguir en diez años de lucha ante las murallas. La misma historia, también con elogios al noble caballo, vemos en la Eneida, de Ovidio, a partir de la muerte de Aquiles, el de los pies ligeros, puesta en boca de Eneas, único superviviente de los troyanos.

Polibio y Tito Livio nos hablan de los tres famosos caballos de Aníbal: Iris, con el que venció a los saguntinos; Ibero, con el que atravesó el Ebro y materializó la frontera de Roma con Cartago, y Strategos, con el que atravesó los Alpes.

En el mundo árabe alcanzó renombre Al-lakko, el caballo de Tarif, con el cual entró en Toledo al frente de su famosa caballería. Almanzor fue un experto en el conocimiento de los caballos y disponía de los mejores ejemplares criados en las yeguas de las marismas del Guadalquivir. De entre sus monturas destacaron Al-baydan (el blanco), Al-sudan (el negro),

Al-ruyun (el rubio) y su preferido Al-sut (azote). Al-jur (el silencioso) fue el nombre de la cabalgadura de Abderramán III, que con Al-tanciyyur llenó la vida principesca del más famoso de los califas cordobeses.

La batalla del río Guadalete enfrentó a dos ejércitos, a dos caudillos y a dos caballos. La cruz y la media luna, don Rodrigo y Tarif, Orelia y Al-lakko, una yegua cristiana y un corcel musulmán. En los lodazales del Guadalete, Orelia, la yegua del rey, que entró en combate con bridas de oro, silla de esmeraldas y faldón bordado de diamantes, que quedó asaetada, como quedó la España que fenecía víctima de la traición del conde Don Julián. Orelia cedía el sitio a Al-lakko, la cruz se retiraba para dar paso a la media luna hasta que, pasados los siglos, volvieran a cabalgar victoriosos ejércitos de los Reyes Católicos.

Hasta que llegue ese momento habrán transcurrido muchos años cargados de historia europea, que se hará sobre las sillas de los caballos, algunos de gran fama, como el Babioca del Cid, un pura sangre hispano-árabe, "el caballo que bien anda", según el poema del Mío Cid, y que hizo ganar a su jinete la batalla póstuma de la que nos habla la leyenda. Otro poema, el de Fernán González, nos cuenta cómo el condado de Castilla adquirió su independencia del reino de León por un caballo y un halcón.

Alfonso X el Sabio, en su "Crónica General de España", narra la aparición del apóstol Santiago en su caballo blanco mientras se luchaba en la batalla de Clavijo y cuenta cómo nació el grito de "Santiago y cierra España", que usaron los ejércitos cristianos en la lucha contra los árabes y más tarde en la conquista de Méjico, por Cortés, y de El Perú, por Pizarro. No deja de ser significativo que el apóstol eligiera el caballo blanco, como lo hiciera San Jorge, uno de los jinetes del Apocalipsis de San Juan y una interminable serie de hombres de armas y caudillos. Posiblemente llevan razón quienes dicen que el color blanco entraña un significado de victoria.

El caballo que llena y simboliza el reinado de Carlomagno se llamó Bayard, que regalaría el emperador al hijo mayor del duque de Aymón el día en que fue nombrado caballero. Era un corcel de origen anglo-holandés. Cervantes lo cita con el nombre de Bayarte en la lista de caballos famosos cuando en el capítulo X del Quijote algunos de los personajes buscan nombres para Clavileño.

Vigilante era el nombre del caballo de Rolando, derrotado con los doce Pares de Francia en Roncesvalles por los sarracenos. Cuando Carlomagno se entera de la tragedia, monta su alazán Vencedor (canto CCVI del poema) y en Zaragoza, a orillas del Ebro se enfrentan dos emperadores, Baligán de oriente y Carlomagno de occidente, y dos razas equinas, la del centro de Europa y la del desierto. Allí había caballos normandos wurtembergueses, aldemburgueses, hannorrianos, mecklemburgueses, bávaros y friscos frente a caballos persas, berberiscos, turcomanos, libios y árabes, toda una confrontación de fuerza, resistencia, bravura y agilidad, capitaneada por el pesado Vencedor frente al veloz Relámpago.

En el marco de las Cruzadas, sir Walter Scott, el padre de la novela histórica, en su novela Ivanhoe, que narra las aventuras del mejor servidor de Ricardo Corazón de León, prototipo de caballero medieval y símbolo

EQUIPO

EDAD EPOCA SIGLO

CARACTERISTICAS DEL EQUIPO

ANTIGUA

PRERROMANA

VIII
aJC

al

III
aJC

ROMANA

III
aJC

al

V
dJC

CRISTIANA
ARABEY

VIII

MEDIA

FEUDAL

al

RENACIMIENTO

XVI

MODERNA Y CONTEMPORANEA

AUSTRIAS Y BORBONES
DINASTIA

XVII

al

XIX

Desconocidas las guarniciones hipicas y las espuelas.
Se monta a lomo y apelo.
Se utilizan flotadores y el ronzal.

MANTA . CABEZAL . FRENOS .
BRIDAS . CINCHA . LATIGOS .
FUSTA . SILLA .

MONTURAS . CINCHAS . PETRALES . BATICOLAS . CABEZADAS .
BRIDAS . ESTRIBOS . HIERROS . SUDADEROS . GUALDADRA-
PAS . ANTEOJERAS . SILLAS COCERAS . EL CORSO .

ALBARDA . HIERROS . MONTURA : CORCERA o COCERA
SILLA DE TROSSA . ESTRIBOS . GALLEGA
ESPUELAS . RIENDAS . RASA
SOBRESEÑALEJO PARAMENTOS . BLANCA
LIDONA o TIDONA
CABALGA HUESTE
MORCELZAL

CABALLERIA DE LOS REYES CATOLICOS

• ARQUEROS DE BORGONA

ARZON en la TESTERA
RIENDAS HERRADAS
SILLA GINETA TA-
PIZADA

• GUARDAS VIEJAS DE CASTILLA

SILLA BARDA
RIENDAS HERRADAS
PARAMENTOS DIVISADOS

• ESTRADIOTES Y ESCOPETEROS

MONTA A LA
GINETA

MONTURA : SILLA A LA ROYAL .
DE MUNICION . CABEZON . BRIDON .
A LA HUNGARA .
COLA DE PATO .
CABEZADA DE PESEBRE . ESTRIBOS . GRUPERA .
BRIDA .
CINCHA MAESTRA . BATICOLA . CAÑONERAS .
HORCADA .
ACCIONES DE ESTRIBOS . BRIDA o FRENO .

de toda una época a caballo entre el honor, la justicia, el amor y la gloria, mitifica tanto al jinete como a su caballo Dextrier, hermoso potro andaluz. En distintos capítulos, al hablar del fogoso corcel Zamor, hace referencia a las hermosas jacas andaluzas de las yegudas del bajo Guadalquivir. Y esto no suponía excepción en la novelística ni en la poesía, pues Shakespeare, el Arcipreste de Hita, Cervantes, Lope de Vega, Plutarco y muchísimos otros nos han legado hermosas páginas en las que se habla de "los hijos del aire, del céfiro, que pasan como ráfagas de viento".

Uno de los caballos más famosos de la historia universal, inmortalizado en la literatura por Shakespeare, fue el de Ricardo III que costó un reino. En la "Tragedia de Ricardo III", el célebre dramaturgo inglés, en la escena cuarta del acto IV, nos habla de Surrey, caballo blanco de Ricardo, que cayó muerto en la batalla de Bosworth, de la guerra de los Treinta Años o de las Dos Rosas. Fue entonces cuando el rey exclamó "¡Un caballo, un caballo! ¡Mi reino por un caballo! Momentos después moría a manos del conde de Richmond, que accedería a la corona de Inglaterra con el nombre de Enrique VII.

Puede decirse que el caballo, después del hombre, es el primer personaje literario de todas las épocas. El Arcipreste de Hita, en su "Libro del Buen Amor", incluye dos poemas caballeriles, en los que satiriza en forma de fábula sobre los soberbios y los golosos. Shakespeare también nos habló de un segundo rocín de Ricardo III, el llamado Barbary, ruano, usurpado por Enrique de Lancaster. Plutarco, en "Vidas Paralelas", en las que estudia a César y Alejandro, cuenta que Bucéfalo, el caballo del segundo, salió un día de Tesalia, cuna de las mejores cuabras del mundo antiguo, para recorrer el imperio más grande de los conocidos, y que Julio César pasó el Rubicón montando su corcel Genitor.

Cervantes crea y da nombre a dos caballos de ficción, Rocinante y Clavileño en su Quijote, novela de caballería en la que se reflejan los grandes ideales del mundo medieval de los caballeros andantes, escuderos y caballos. Rocinante es un símbolo del caballo desconocido, de esos animales que hicieron posible la supervivencia del hombre, el avance de la humanidad, el triunfo de las civilizaciones, y la ruptura de las fronteras, desde la servidumbre leal, el esfuerzo cotidiano y sufrimiento y entrega total. Este rocín es citado 181 veces en la obra, aparece antes que Sancho, dirige los pasos del caballero y escudero y capitaliza el mayor afecto de don Quijote. Rocinante es un personaje tan importante que se ha colocado a la altura de los más grandes caballos de la historia.

San Isidoro de Sevilla, en sus Etimologías, estudia los colores de los caballos de la época romana. Cuenta que los gentiles clasificaron los colores de sus corceles, acomodándolos a los elementos: los castaños o rojos los dedicaron al sol y al fuego, los blancos al aire, los alazanes a la tierra, los tordillos al mar. También decidieron que los rojizos corrieran en verano, los blancos en invierno y el resto en primavera. Consagraron los bermellones a Marte, los blancos a los céfiros y vientos suaves, los bayos al sol...

En el campo del arte también el caballo ha sido protagonista predilecto. Su figura ha sido esculpida en bronce y mármol, tallada en madera, moldeada

en cera o en arcilla y proyectada al lienzo de los mejores maestros de todos los tiempos. Velázquez, Goya, Ticiano, Rubens, Van Dyck, Sorolla, Picasso, Médicis, Butticelo, Donatello, Verocchio, Miguel Angel, Leonardo da Vinci, Tintoretto, Giotto, Veronés..., han dejado constancia en magistrales cuadros de la hermosura y la gracia y armonía del noble bruto. Rubens nos muestra la ascendencia africana del caballo de Felipe II y al contemplar las telas de Velázquez con los retratos ecuestres de Felipe IV, el Príncipe Baltasar y el Conde Duque de Olivares, no cabe ninguna duda sobre los orígenes nórdico y napolitano de los bellos corceles.

Los caballos del Renacimiento revolucionaron la pintura y la escultura del mundo occidental y han quedado inmortalizados en las estatuas ecuestres de Marco Aurelio en el Capitolio de Roma, de Cangrande en la scala de Verona, del condottieri Guatemala en Padua, del condottiere Colleone en Venecia, en la comitiva de los Magos de Gozoli, en el retrato ecuestre de Donatello. Leonardo da Vinci se enfrentó artísticamente con los caballos en la adoración de los Magos, en el monumento ecuestre de Francisco Sforza, en la batalla de Anghiari.

Según cuenta Mitchener, el primer caballo de la historia fue el "paleohippus", hace más de cincuenta millones de años. Sus rasgos anatómicos y temperamentales han ido evolucionando con los tiempos en el "eohippus", "mesohippus", "merichippus", "pliohippus" y, finalmente, en el "equus" o caballo actual en sus distintas razas.

Siempre ha existido una viva polémica en torno al origen de este animal. Mientras un sector de la opinión afirma que fue introducido en América por los conquistadores españoles, otro opina que de las llanuras de los Estados Unidos y de las altiplanicies canadienses pasaron grandes manadas de semovientes a Europa y Asia, a través del estrecho de Bering. Los ejemplares de Siberia y del norte de Europa evolucionaron hacia formas rechonchas y eran bajos, pesados y lentos, pero muy aptos para los trabajos agrícolas. Los situados en China, Asia Central y el Indostán evolucionaron en cambio hacia formas esbeltas y por su agilidad fueron considerados ideales para la guerra. Quizá esta fuera la causa de que los mongoles fueran los primeros en utilizar la caballería como arma de combate. Fue el emperador chino Chimung quien inventó el arte de montar. Posteriormente el caballo apareció en Africa, España, Inglaterra, Francia e Italia, dándose así origen a los pura sangre árabes, al español-inglés, al normando camargués, al morens, al caballo de silla francés, a los caballos de sangre fría tales como el ardenos, boulonés, potecino, bretón, percherón, calabrés, toscano..., todos ellos utilizados en escenarios bélicos.

El caballo árabe ha venido constituyendo la aristocracia de las razas caballares, debido a su temperamento vivo y noble. Aunque sobrios y resistentes en las marchas son escasamente recomendables para la guerra, pero excelentes para la mejora de otras razas equinas. Según opinión de autorizados criadores, los caballos deben ser anchos de frente, pechos, bronquios y miembros; largos de cuello y extremidades, y cortos de orejas, cola y sacro. En un tono más poético, el buen caballo ha de tener pecho de león, grupa de lobo, nalgas de avestruz, el valor del jabalí, la gracia de



Felipe IV a caballo. Cuadro de Velázquez. (Museo del Prado)

la gacela en los ojos y la boca, la rapidez del avestruz, la prudencia del antílope y la cola corta como la víbora. Ha de reunir las cualidades del lebre, de la paloma y del camello.

El caballo español viene a constituir un conjunto de gran clase y fue el preferido por los guerreros para sus empresas bélicas, debido a su resistencia, velocidad y corazón.

En los tiempos feudales, de las dos cabalgaduras que habían de tener los hombres de armas o caballeros, la principal era llamada "corser" y se utilizaba para el combate, mientras la secundaria, denominada "dobladura" se empleaba en los desplazamientos. El caballero, según Menéndez Pidal en "La España del Cid", iba montado en un "palafrén", tipo percherón, y a su lado marchaba, conducido por el escudero, el caballo de combate, seguido de mulos cargados con las armas y equipo.

El corcel andaluz, por su belleza de formas, calidad y brío, era considerado como el mejor de aquella época como caballo de silla y lo preferían los grandes señores del medievo.

Política ganadera española

En la España musulmana, desde mucho tiempo atrás, se venía practicando con gran esmero la cría y recría de ganado caballar de raza árabe, berberisca y española. Fue muy famosa la yeguada de Almanzor en Córdoba. En la geografía cristiana, en cambio, hasta la época de los Reyes Católicos no se experimentaría un notable impulso en este aspecto. Anteriormente este cuidado de la cabaña equina, tan importante para las tropas de caballería, había carecido de control. Los caballos dependían a todos los efectos de sus propietarios y la reproducción seguía caminos anárquicos, guiada únicamente de criterios particulares, si bien las órdenes militares solían disponer de establecimientos pecuarios destinados a remontar a sus hombres de armas y cubrir las bajas del ganado. También algunas congregaciones y órdenes religiosas se habían especializado en la cría y reproducción del ganado durante la época medieval. En España fueron célebres los Padres Cartujanos.

Los Reyes Fernando e Isabel iniciaron una excelente política ganadera, concretada en la creación de una yeguada nacional, la primera en su género con que contaron los ejércitos cristianos. A partir de entonces el mantenimiento y la reproducción de los semovientes destinados a la milicia gravitaron sobre el erario público.

El sistema de cría y abaratamiento del caballo tuvo buenos resultados en los siglos XV y XVI, en los que las dehesas de la región andaluza dieron cobijo a una gran familia de excelentes ejemplares de silla y tiro ligero. Durante el reinado de Felipe III existió una yeguada en Córdoba, a la que se importaron sementales de origen italiano, holandés, normando y danés para cruzarlos con las yeguas andaluzas, pero se obtuvo como resultado un ganado de mayor volumen y alzada, aptos especialmente para el tiro, pero con escasas aptitudes como caballos de guerra.

Gozaron de notable prestigio los caballos llamados guzmanes o valenzuelos, por su extraordinaria vitalidad, que confirmaba el refrán de "El berberisco muere pero no envejece". Eran muy aptos para la silla, ágiles, valientes, de fáciles y armoniosos aires y movimientos, es decir, corceles de guerra excelentes, muy apreciados en el siglo de oro por sus aptitudes para la monta a la jineta, que siempre se mostró muy superior a la escuela de la brida, de origen francés y que incluso frailes de las órdenes religiosas que gozaron de muy buena reputación como criadores consideraron como un sistema de monta bastardo y poco útil para los jinetes de entonces.

El siglo XVII, como en otros muchos aspectos, fue de clara decadencia para la cría caballar. En ello influyó el escandaloso tráfico equino en las fronteras con Portugal y Francia. No existieron corceles de guerra ni hermosas cabalgaduras, aunque otra cosa pudiera deducirse ante la contemplación de la bella estampa de los caballos debido a los grandes pintores del siglo, como Ticiano, Rubens y Velázquez, autores de los magníficos cuadros ecuestres de Carlos V, Felipe II, el Príncipe Baltasar, el Conde Duque de Olivares y el famoso de las Lanzas.

Durante el siglo XVIII, entronizada ya en España la Casa de Borbón, se ordenó la exclaustación de los Padres Cartujos de Jerez de la Frontera,

que vendieron su ganadería, de origen africano y asiático puro, pues sus yeguas no fueron nunca sometidas a cruces y constituían una auténtica raza española, famosa por su bondad, clase y pureza. Eran los ejemplares más representativos de la raza andaluza, de tanto mérito y prestigio. Los actuales caballos dependientes de las yeguas cartujanas son los llamados "zapatas", que conservan las cualidades propias de su procedencia africana y asiática.

La concepción que durante los siglos XVIII y XIX tenían los jinetes militares españoles del caballo como animal de guerra fue excelentemente tratada y comentada en el libro de don Francisco de la Iglesia, publicado el año 1819, "Elementos de Equitación Militar para el uso de la Caballería española". Según esta obra, la alzada no debía ser ni grande ni pequeña para no perder agilidad ni que el jinete tuviera que batirse sobre un caballo pequeño contra otro grande que le dominara. No eran aptos los ejemplares que presentaran el aire de brazos acentuados, de tan brillante resultado en las paradas. Al ser un animal pusilánime por instinto y tímido por naturaleza, era preciso familiarizarlo con los objetos que le causaban pavor, tales como los estrépitos de las armas, el humo, el olor a pólvora, el fuego, los ruidos de los tambores y el chasquido de los aceros.

La Caballería Española a partir de los Reyes Católicos

En el siglo XIV, Alfonso XI mantuvo para su seguridad y prestigio del trono unos jinetes muy seleccionados que supusieron el más seguro baluarte de las prerrogativas regias. Juan II sustituyó estos jinetes por los "Continuos", que más tarde serían disueltos por Enrique IV, con lo cual el trono perdía fuerza para enfrentarse a las rebeldías y ambiciones de los grandes señores.

Los Reyes Católicos, cuyo reinado supuso un período transitorio entre la Edad Media y la Edad Moderna, como el período visigodo lo fuera de la Edad Antigua y Media, tuvieron como una principal preocupación la de mejorar la eficacia de los ejércitos españoles, tanto para terminar la empresa de la Reconquista como para dotarlos de un perfil nacional, permanente y homogéneo. La infantería recibió un notable impulso y una distinta estructura a las anteriores al organizarse en "columnas" o "coronelías". La caballería, que continuaba siendo el verdadero nervio de los ejércitos, la más importante de las armas y la de más recio abolengo militar, también experimentó una profunda reforma, mediante la cual se deseaba armonizar su estructura orgánica y métodos combativos con una época en la que las armas de fuego comenzaban a poseer mayor peso específico en los escenarios bélicos, así como para adecuarla al espíritu de nacionalidad característico del reinado de los monarcas católicos.

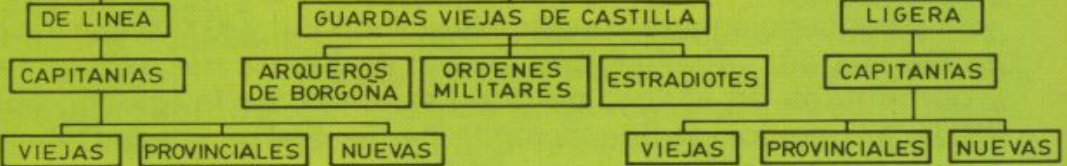
Las reformas afectaron también a la indumentaria, a fin de lograr mayor movilidad en el combate. El caballero vio aligerada la protección de la cabeza con la supresión de la visera del casco, en el que quedó únicamente la

• EDAD MEDIA

• RENACIMIENTO (S. XV)

• ANTECEDENTES MILITARES

• CABALLERIA DE LOS REYES CATOLICOS



• RECLUTAMIENTO

: Proyecto de ALONSO DE QUINTANILLA.

Soldados | Número 100.000, entre 20 y 40 años
 | Tiempo en filas : 3 años.

Todos los subditos obligados a tener en sus domicilios armas ofensivas-defensivas según su renta.

- ≡ a 5.000 maravedíes: Paves, Lanza, Espada, Casquete.
- ≡ a 10.000 maravedíes: idem. idem. idem. idem., y Ballesta.
- ≡ a 20.000 maravedíes: Espingarda con 150 pelotas y 20 libras de pólvora.

Personas adineradas además : Coraza, Falda de malla y Armadura.

• INSTRUCCION MILITAR

Deficiente en mano de cuadrilleros (Cabos).
 Obras de reducido valor técnico soportaban la enseñanza.
 Confusión de Milicia (pluralismo) y Caballería (individualismo).
 Acción prevalece sobre el Estudio y la Técnica.

• VESTUARIO

No existió una verdadera uniformidad regida por reglamentos o leyes.
 Vestuario de magnates y caballeros, era excesivamente lujoso.

ARQUEROS DE BORGONA | Cota de mallas, brazaletes, cañones, guardas, manoplas.
 | Sayo blanco divisado en el pecho con los blasones o cruz de Borgoña.
 | Quijotes, carrilleras, rodilleras y zapatos ferrados.

GUARDAS VIEJAS DE CASTILLA

| Coselete, peto, espaldon, gola, faldon, brazaletes, calzones, guardas y manoplas.
 | Maniquís de malla, carrilleras, rodilleras y zapatos ferrados.
 | Celada con visera, barbera y airon de plumas.
 | Pavés con las armas de Castilla y León en la brisadura.

ESTRADIOTES: Sayo, alpartaz y bacinete.

ESCOPETEROS: Peto y espaldera, armadura en los brazos, almofar, morrión, faldón y musequies.

• ARMAMENTO

ARQUEROS DE BORGONA: Espada de dos manos, arco y saetas llevadas en un carcaje asegurada en la gruperá derecha.

GUARDAS VIEJAS DE CASTILLA: Lanzón de armas, espada y mazas.

ESTRADIOTES: Lanza, espada tabla china y martillo de armas.

ESCOPETEROS: Espada tabla china y espingarda.

• EQUIPO

ARQUEROS DE BORGONA: Arzon, Rieudas herradas, Silla Gineta tapizada y bardada.

GUARDAS VIEJAS DE CASTILLA: Silla Barda, Rieudas herradas.

ESTRADIOTES: Armas adecuadas a la monta a la Gineta.

ESCOPETEROS: Armas adecuadas a la monta a la Gineta.

pieza barbera. La armadura quedó reducida a un falso peto, picastrón, faldón, gola, guardabrazos y guanteletes de hierro. Las piernas se resguardaban por medio de quijotes, guardarrodillas, grevas y zapatos forrados. Las cabalgaduras se vieron libradas de los pesados clibanos ferrados a imagen de los catafractas, con lo que ganó en ligereza, rapidez y soltura. Los jinetes vistieron alpartaz con almofar, brafoneras, guardarrodillas y jaco de ante. Sus armas fueron la lanza-jineta, la capagorda y la espada tablachina. La equitación denominada caballescaca, encapacetada y bardada, que correspondía al binomio jinete-caballo, cubierta de pesados arneses, fue sustituida por la equitación a la jineta, totalmente opuesta, que permitía la mayor movilidad que necesitaba la caballería.

Los Reyes Católicos no habían tardado en apercibirse de la necesidad de contar con una fuerza independiente de la nobleza y de los pueblos, con la misión de conservar la tranquilidad del reino y de mantener incólume la dignidad real, al tiempo que se mantenía puesta la mirada en el extranjero, principalmente del posible enemigo francés, cuyos "gen' d'armes" (gendarmería significa hombres de armas), solían combatir en formaciones compactas y monolíticas, modalidad que adoptaron los guerreros españoles.

La más importante creación fue la de un cuerpo de caballería especial denominado "Guardias Viejas de Castilla", de carácter permanente, que va a marcar el principio de la verdadera historia de la caballería española y constituirá un arma orgánica nacional permanente y homogénea, muy distinta a las huestes de épocas anteriores.

Estas "Guardias Viejas" se articulaban en veinticinco compañías, con cien plazas montadas, mandadas todas ellas por un Capitán General. Sus unidades se dividían en dos modalidades: hombres de armas que contaban con dos cabalgaduras, una dotada con equipo encubertado y la otra destinada a conducir al paje portador de la lanza de combate del caballero, y hombres de caballos ligeros, armados con lanzón de armas de arandela y ristre, maza de armas, estoque y escudo o pivés. Una quinta parte de cada compañía (veinte hombres), estaba integrada por jinetes provistos de coraza, faldón, medios quijotes, grevas, morrión sin célula, espada, puñal y ballesta.

La reglamentación de estas fuerzas era muy severa y meticulosa. A principios del siglo XVI volvieron a reorganizarse en Caballería de Línea, articulada en Capitanías Viejas, Nuevas y Provinciales, con distinto número de lanzas, y en Caballería Ligera, con igual articulación, pero con la diferencia de que la Caballería de Línea está compuesta de hombres de armas y la Caballería Ligera de jinetes o formaciones de caballos ligeros.

En mayo de 1502 se crearon los Arqueros de Borgoña, cuerpo de caballería de grandes virtudes, y unos años después los Estradiotes, que eran exploradores o batidores (de strada, caminos), con la misión de realizar descubiertas o exploración del terreno.

Con las reformas llevadas a cabo los Reyes Católicos vieron cumplido su empeño de organizar un Ejército cuya imagen se alejara de la de las huestes feudales, de marcado carácter individualista e indisciplinado, habituado a luchar de castillo en castillo o en pequeñas extensiones de terreno. Ahora podían contar con masas capaces de maniobrar en escenarios

bélicos más extensos y con mayores efectivos, si bien no se llegó aún a contar con unos cuadros de mando debidamente tecnificados, pues los militares de la época se inclinaban más por la acción que por el estudio. El principio táctico de acción de conjunto aún no estaba en condiciones de sobreponerse a lo caballeresco, al lucimiento individual, característica tan española. Incluso en la uniformidad se mostraba este individualismo, que tendía al lujo y ostentación. Algunas unidades de Caballería utilizaban libreas.

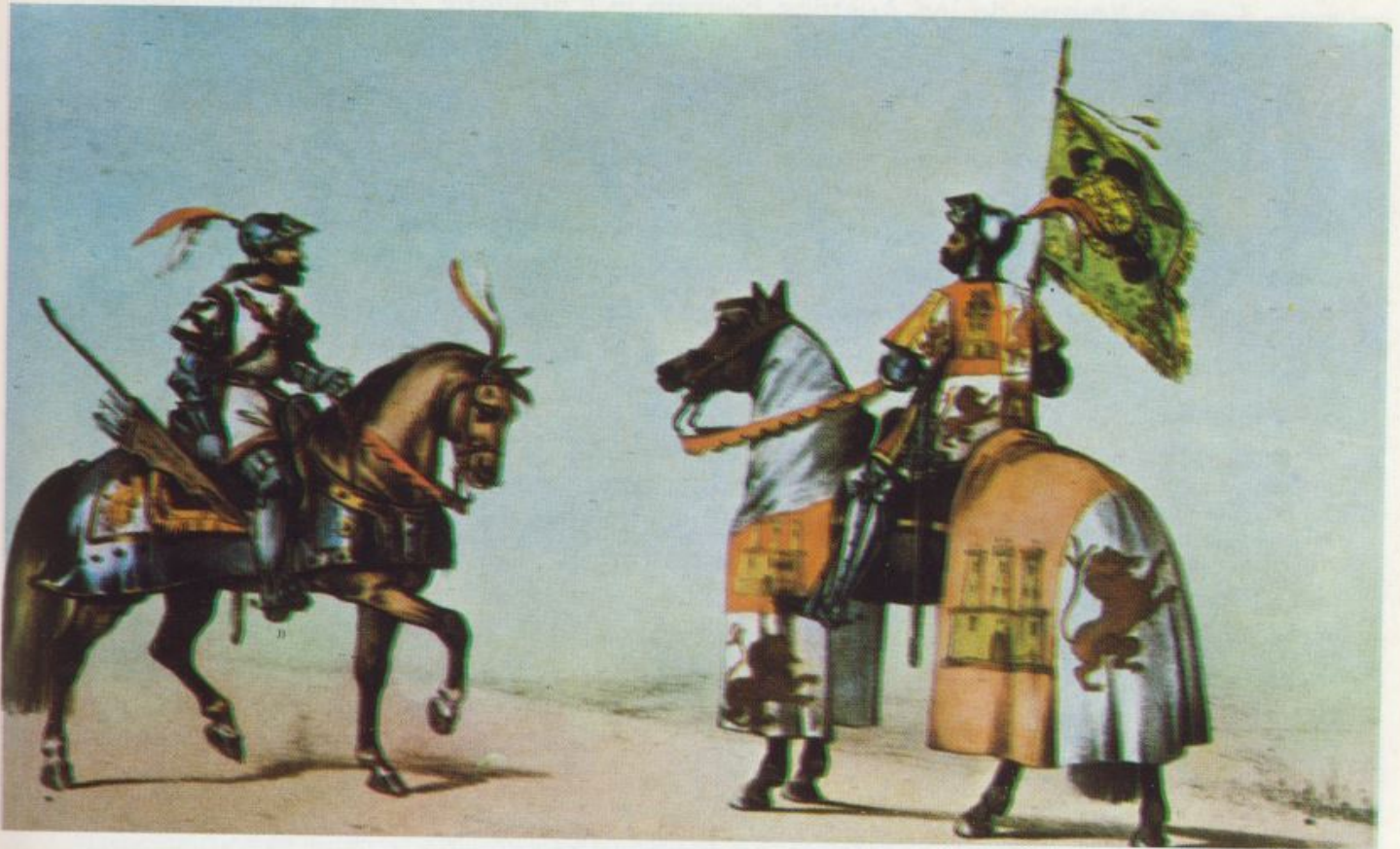
Los Arqueros de Borgoña usaban cotas de mallas con manoplas, brazaléte y guardas; sayo blanco, divisado en el pecho con la Cruz de Borgoña; quijotes, canilleras, rodilleras, zapatos ferrados y celada con airón de plumas. Los Guardias Viejas de Castilla utilizaban el coselete completo de peto. Los Estradiotes, sayo y bacinete, y los Escopeteros, peto y espaldar.

La Caballería española de la Casa de Austria (siglos XVI-XVII)

A principios del siglo XVI, en que se inicia para España el siglo de oro y da comienzo la Edad Moderna, que abarca dos centurias de la Casa de Austria, se respira en nuestra nación un profundo fervor religioso que nos llevará a participar en importantes conflictos bélicos contra la herejía. Es la época del caballero y el pícaro español, del arte y del genio, de pintores y poetas. La sangre, el talento y el espíritu evangélico se derramarán por Europa y América para tejer un maravilloso siglo de oro y situar a España a la cabeza de las naciones civilizadas.

Lo que más destacaba de todo ello era el poderío militar, pese a que al iniciarse el siglo XVI no existían en nuestro país ejército regular ni armamento homogéneo. En los momentos de necesidad, para resolver los conflictos armados, se recurría a levantar gente por medio de autorizaciones de dinero dadas a los capitanes de las denominadas "conducta", que no reparaban en raza, procedencia o moralidad de los soldados, formándose así las tropas mercenarias. Dado que lo que se reclutaba era en el fondo carne de cañón, lo único a exigir era que fuera de la mejor calidad para combatir.

En los primeros años de la Casa de Austria, como ocurriera durante la Edad Media, la Caballería constituyó el arma principal y verdadero nervio de las tropas españolas, a imagen y semejanza de lo que ocurría en el resto de los estados europeos. La potencia bélica se medía por el número de lanzas con que contaba cada ejército. Pero la prepotencia del caballero empezaba ya a perder terreno, debido al cada vez más creciente empleo de las armas de fuego, que hacía al caballo más inoperante y más vulnerable. Se aproximaba la hora de la infantería, sobre todo de la infantería española, que supo coronarse de gloria en los campos de batalla europeos. La caballería no tuvo un papel tan sobresaliente a causa de que intervino menos, pues



Arquero y portaestandarte real, siglo XVI

por dificultades logísticas resultaba más cómodo y económico emplear la caballería alemana, flamenca e italiana.

Culminada la unidad nacional, durante el reinado de los Reyes Católicos, desaparecieron en España los numerosos y pequeños ejércitos. El Cardenal Cisneros, Regente de España, por un decreto fechado el 6 de mayo de 1516, creaba el primer Ejército nacional y permanente, mediante el alistamiento de un soldado por cada doce hombres útiles comprendidos entre los veinte y los cuarenta años, y a partir de ahora se rodeará la profesión militar de ventajas y privilegios para hacerla deseable.

Carlos V instituyó dos sistemas de reclutamiento: de voluntariado, a base de banderines de enganche, dirigidos por ciertos capitanes a quienes se concedía "patente real" para levantar gente, y el llamado de leva, que consistía en una prestación forzosa por parte de los pueblos. Este último fue de menor rendimiento.

Puede afirmarse que fue el reclutamiento de voluntarios, que proporcionó soldados vocacionales y poco comunes, unido a un esmerado sistema de designación de mandos, lo que llevó al Ejército español a proezas que asombrarían al mundo. De sus filas surgieron nombres relevantes en la ciencia y el arte militar como el Duque de Pastrana, el Duque de Osuna, el Marqués de Pescara, el Príncipe de Orange, el Marqués del Vasto...

Fue en tiempo de los Austrias cuando la Caballería, como dijimos, perdió su carácter épico y caballeresco para ir convirtiéndose en un arma más, con misiones adecuadas a sus propias características y destinada a operar y maniobrar en terreno apropiado. En el tratado de "El Gobierno de la Caballería Ligera", pueden apreciarse perfectamente las fases de una larga historia de transición en el empleo de unidades montadas, desde los tiempos de la Caballería del inicio de la Edad Media, plena de individualismos y pesados arneses de guerra, a la época de tropas más ágiles y numerosas que caracterizó el siglo XVIII.

En un capítulo de este tratado, dedicado a las corazas y lanzas, se habla de las diferencias entre lanceros y coraceros. El primero debía ser excelente combatiente y gran experto en el manejo de la lanza, dadas las características de sus acciones. Su caballo debía ser muy veloz y resistente. Los coraceros eran combatientes medios, que precisaban menor instrucción. Sus cabalgaduras habían de ser pesadas. Se decía en este libro que la lanza, cuando era empleada con propiedad resultaba de tal eficacia que podía abrir brecha en los escuadrones enemigos y ponerlos en desorden. Para ello era preciso que el caballo fuese muy bueno, para cerrar sobre el enemigo con impulso y violencia; que el terreno fuera duro a fin de que se pudiera correr sobre él; que el soldado fuera un experto en el empleo del arma y que la unidad estuviese articulada en pequeños núcleos. Las lanzas, tras un violento ataque, permitían la entrada en acción de las corazas, que podían progresar al trote sobre terrenos blandos y permitían la utilización de cabalgaduras de menor calidad. La instrucción de los caballos "corazas" era menos complicada y por tanto se podía ser menos exigente en su selección, ya que en el combate actuaban en masa.

Del análisis del tratado de "El Gobierno de la Caballería Ligera" pueden sentarse las conclusiones de que uno de los principales cometidos de las lanzas era el de proteger los flancos y el frente de los caballos "corazas"; que hubo un tiempo en que las lanzas fueron realmente efectivas actuando en pequeñas formaciones muy distanciadas; que habían de emplearse en terrenos poco accidentados, para poder maniobrar con cierta velocidad; que la maniobra de las lanzas o caballería ligera era muy distinta a la de los caballos corazas, ya que éstos, como se ha dicho, operaban en unidades muy nutridas, en forma monolítica y compacta.

Durante los reinados de la Casa de Austria la Caballería se articuló en muy diversas formaciones. Las más importantes fueron:

Compañía de Hombres de Armas: Integrada por jinetes con lanza en ristre, soldados de primera calidad, que debían tener experiencia de varios años en tropa montada de arcabuceros, unidades de estradiotes y en caballos ligeros, lo que suponía un tiempo de seis años en unidades de Caballería. Era una unidad considerada pesada, dado que caballo y jinete iban perfectamente acorazados. En España no alcanzaron el peso específico que en Francia consiguieron las unidades similares de "Gens d'Armes".

Compañías de Caballos Ligeros: Fueron una evolución de las Compañías de Hombres de Armas, a las que fueron desplazando. Eran unidades



Armadura de Felipe II

monolíticas, pesadas y muy vulnerables a las armas de fuego. Combatían en amplios despliegues, a la usanza morisca.

Compañías de Herreruelos: En la época de Felipe II, las unidades de estradiotes se transformaron en otras denominadas Herreruelos, con iguales misiones de descubiertas y de seguridad. Actuaban velozmente mediante disparo de proyectiles o bien a la carga sirviéndose de la espada. A diferencia de lo que hasta entonces había sido costumbre, la actuación en masa, propio de unidades monolíticas, actuaban en orden abierto, ampliamente desplegadas y dispersas.

Arcabuceros a caballo: Eran jinetes montados que sustituyeron a los anteriormente llamados escopeteros.

Lanzas de los Grandes Señores y Prelados: Eran combatientes armados por el Gran Clero y la Gran Nobleza para ponerlos a las órdenes de los reyes en tiempos de guerra. De manera parecida existían las "Lanzas de Caballería de Cuantía de Murcia y Andalucía", soldados pagados por los caballeros con un capital superior a los cuatro mil ducados.

Cuerpo de Dragones: Estaban constituidos por tropa que usaba su cabalgadura como medio de transporte rápido y no como de combate. Peleaba a pie, utilizando su arma de fuego. Supuso una transición de la antigua a la moderna caballería del siglo XX. Su organización primitiva fue híbrida. Se pretendió que fuese arma mixta, una especie de infantería montada, pero no llegó a ser ni Infantería ni Caballería, lo que no fue obstáculo para que en posteriores centurias se convirtiera en Cuerpo verdaderamente eficaz, que actuaba por el fuego, movimiento y choque.

Compañías de Carabinas: Estaban formadas por arcabuceros montados a los que se les sustituyó el arcabuz por la carabina. Se les destinaba a posiciones de vanguardia, con la misión de abrir brecha.

Todas estas unidades se encuadraban en otras superiores, como "**Trozos de Caballería**", agrupaciones de varias compañías mandadas por capitanes expertos en la guerra; "**Tercios de Caballería**", integrados por seis compañías, y "**Brigadas de Caballería**", grupos de unidades creadas en los Países Bajos al mando de brigadieres.

Esta era, a grandes rasgos, la organización de la Caballería de la Casa de Austria y que, junto a la Infantería, tantas páginas de gloria escribiera, hasta mediado el siglo XVII, en que la milicia española inicia su decadencia. Al no ser ya el afán de gloria, sino el ansia de aventuras y riquezas lo que le guía, la calidad del soldado español empieza a resquebrajarse. A ello se une una época de reyes irresolutos y gobernantes ineficaces y en España comienza a ponerse el sol.

La Caballería española de la Casa de Borbón. (Siglos XVIII y XIX)

En el siglo XVIII la estructura orgánico-militar española, y por consiguiente el Arma de Caballería, va a sufrir una profunda transformación, influenciada poderosamente por dos grandes acontecimientos: la Guerra de Sucesión y el cambio de dinastía. Para acceder al trono, vacante tras la muerte de Carlos II, se presentaban tres posibles alternativas, concretadas en tres casas reales europeas: la de Borbón, la de Austria y la de Saboya.

La vencedora sería la primera, tras una guerra que dividió a los españoles en dos bandos, apoyados por las potencias extranjeras y que finalizaría con el tratado de Utrecht, con el cual se hundía nuestro imperio y se consolidaba la preponderancia de Inglaterra.

Cuando subió al trono Felipe V nuestro potencial bélico no poseía ya la brillantez de la época de los Reyes Católicos ni la de Carlos I, en las que imperó la escuela española en la técnica y la táctica guerrera. Ahora predominaba la influencia francesa y prusiana, más acorde con los adelantos técnicos, los cuales concedían menor importancia al factor humano, que tanto relieve tuviera en los heroicos, imperiales y aventureros tiempos de nuestro siglo de oro.

• EDAD MODERNA

E
P
O
C
A

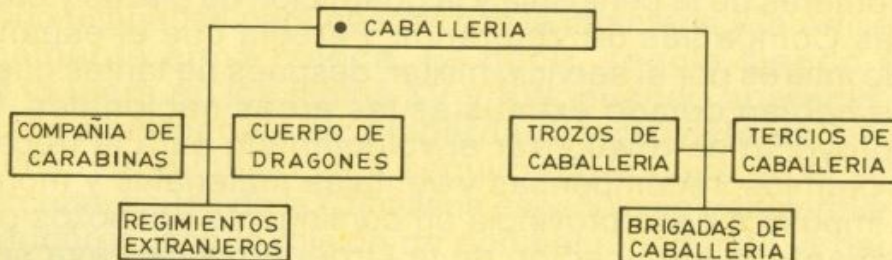
• DE LA CASA DE AUSTRIA

SIGLO DE ORO ESPAÑOL

• SEGUNDA: DE FELIPE III-FELIPE IV-CARLOS II

S. XVII

• ANTECEDENTES MILITARES



• RECLUTAMIENTO

Decaen los ideales en la milicia .

Impera el afan de aventuras y riquezas .

Baja la calidad del soldado abundando las deserciones .

Mal encuadrada y diciplinada la recluta .

• INSTRUCCION MILITAR

Pesima, mal atendida . Epoca de transición en el empleo de unidades montadas .

• VESTUARIO

Predomina el color negro en el atuendo nacional .

BOTAS ALTAS DE MONTAR o ZAPATO CORDOBAN con hebillas .
SOMBRERO NEGRO con ala ancha doblado a la chamberga con plumas .
FERRERUELO o CAPILLA CORTA .
CAPA ESPAÑOLA NEGRA .
GUANTES PROLONGADOS CON MANOPLAS .
JUBONES DE PETO Y MANGAS PERDIDAS .
CALZAS ATUSADAS Y DE OBRA .

MEDIAS NEGRAS con Ligas .
GOLILLAS .
PUÑOS POSTIZOS .
VESTIDO NEGRO .
CAPA NEGRA .
SOMBRERO DE COLOR .

• ARMAMENTO

CORACEROS

Espada de cazoleta y gavilanes .

Pistola y Arcabuz corto colgado en el arzón de la montura .

DRAGONES

Espada de cazoleta y arcabuz corto .

Maza y paquete para amarrar el caballo durant el combate a pie .

Arcabuz largo (sustituye al corto) .

Pistolas de arzón .

La influencia francesa pronto se hizo sentir en el aspecto militar. El nombre de tercio, tan español, pasó a ser sustituido por el de regimiento y la Caballería se estructuró en dos grandes núcleos: Caballería Ligera, integrada por Regimientos de Carabineros y Cazadores, y Cuerpo de Dragones. El Real Cuerpo de Corps vino a sustituir al antiguo Regimiento Real español y se crearon nuevas Brigadas de Caballería.

Terminada la Guerra de Sucesión fueron creadas las Milicias Provinciales y se designó la responsabilidad de la cobertura de costas y fronteras de la península y la guarnición de plazas y castillos de ultramar a las Compañías de Veteranos. Parecía que el español había perdido todo interés por el servicio militar, después de tantas guerras infructuosas que habían dejado exhaustas las arcas nacionales. No dio resultado el proyecto de revalorizar el voluntariado para la tropa con un sistema de premios, recompensas y ventajas materiales y morales, ante lo cual se impuso a cada provincia un contingente de mozos para ser alistados. Mediante la publicación de la Ordenanza de Leva se llamaba a Caja a los mozos de edades comprendidas entre los 18 y 40 años y se les sometía a sorteo público ante las autoridades. Se incorporaban al Cuerpo de destino únicamente quienes sacaban bola negra. El sistema no tardaría en hacerse impopular, ya que gravitaba casi exclusivamente en las familias más humildes. La nobleza y las clases acomodadas estaban exentas de tal prestación personal.

La influencia francesa igualmente se hizo notar en la uniformidad, aspecto que había despreocupado a los españoles. En Europa las fuerzas militares aparecieron uniformadas a lo largo de los siglos XVI y XVII, a iniciativa de Gustavo Adolfo, que designó para cada una de sus brigadas un color distinto, a fin de que se distinguieran en el campo de batalla, pero en España hasta el siglo XVIII no se va a tomar conciencia de esta necesidad, eligiéndose entonces un uniforme de corte afrancesado. Por la Ordenanza de Flandes de 1701 se reglamentó el vestuario de la Caballería de Línea y del Cuerpo de Dragones.

La Guerra de la Independencia, con la que comenzaba el siglo XIX, acabaría con la economía española y traería nuevas formas de pensamiento y de costumbres. Comenzaba una nueva era en la que todo se iba a transformar. En cuanto a la milicia se entró en un momento de seria meditación y nuevos estudios castrenses, en los que se vio la necesidad de reformar la Caballería en base a las distintas aptitudes guerreras de los hombres, a las condiciones específicas de los caballos y a la variedad del armamento. Las propiedades y características del Arma de Caballería no podían aplicarse valiéndose de leyes mecánicas, pues ni el hombre ni el caballo eran máquinas: el hombre tenía voluntad e inteligencia y el caballo poseía instinto.

Atendiendo a estas razones se hizo una nueva clasificación y la Caballería pasó a articularse en tres grupos: ligera, de línea, gruesa e irregular. En opinión de Villamartín la Caballería debía ser considerada como tropa auxiliar, aunque indispensable en todo ejército. De los tres elementos de acción, fuego, movimiento y choque, sólo se empleaba

en el último. En consecuencia, al carecer de fuego y movimiento, se presentaba como un arma con escasas posibilidades de combate, máxime cuando la Guerra de la Independencia había demostrado que el fuego de la Infantería podía romper el ímpetu de los jinetes y que las barreras del fuego artillero podían destrozarse las arrogantes y monolíticas cargas de los escuadrones de Caballería.

Es curioso comprobar como, a pesar de estas opiniones, la caballería continuaba siendo una fuerza algo más que auxiliar y a lo largo de todo el siglo XIX, pese a la aparición de nuevos ingenios de destrucción a distancia, continuó usándose para chocar con la Infantería y la Artillería blandiendo únicamente arma blanca. Es decir, seguía siendo tan importante como lo fuera en los siglos XV y XVI, cuando aparecía en el campo de batalla encapacetada, embardada y provista de lanza, un arma esta última que también va a seguir utilizándose en el siglo XIX, porque dos terceras partes de la Caballería española se transformarán en unidades de lanceros, con la misión de combatir mediante la carga y el consiguiente choque, basándose en maniobras rápidas y violentas.

Parecía que la lanza volvía a ser el arma reina, poderosa e invencible de otras centurias. A pesar de la sucesiva aparición en los campos de guerra de ballestas, arcabuces, carabinas, fusiles y piezas artilleras, la lanza se resistía a seguir el camino hacia los museos emprendido por los acerados arneses y otras armas medievales, y renacía de sus propias cenizas para ser abrazada por la mayor parte de los jinetes militares de Europa. En ello tuvo gran influencia el éxito alcanzado por la Caballería polaca de Napoleón contra las defensas españolas de Somosierra durante la Guerra de la Independencia.

BIBLIOGRAFIA

- Bedier.— *“Las leyendas épicas”*.
Beyles, A.T.— *“Orden de Caballería”*. Londres, 1926.
Bùeil, J. de.— *“Le jouvencel”*. París, 1889.
Charny, Godofredo de.— *“La Orden de Caballería”*. Bruselas, 1873.
Creixell, Inés de.— *“El festín de Esopo”*. Barcelona 1985.
D'Oronville.— *“Crónica del buen Duque Luis de Borbón”*.
Da Laon Adalberto.— *“Poema del rey Roberto”*. 1979.
Dennys.— *“El Heraldo”*.
Duby, Georges.— *“Hombres y estructuras de la Edad Media”*. Madrid, 1984.
Duby, Georges.— *“Los tres órdenes”*. París, 1978.

- Eschembach, Wolfram.— *"Parzival"*.
- Flori, J.— *"Epopéya histórica"*. Barcelona, 1986.
- Holgen, K.J.— *"Los nueve varones"*.
- Huizinga, J.— *"Otoño de la Edad Media"*. Madrid, 1984.
- Joinville, J. de.— *"Historia de San Luis"*.
- Keen, Maurice.— *"La caballería"*. Barcelona, 1986.
- Keen.— *"Las leyes de guerra en la Edad Media"*.
- Kohler, E.— *"La aventura caballeresca"*. París, 1974.
- Lejeune, R.— *"La leyenda de Rolando en el arte de la Edad Media."*
- Llull, Ramón.— *"El libro de la Orden de Caballería"*. Barcelona, 1957.
- LLull, Ramón.— *"El libro de la contemplación"*. Mallorca, 1906.
- Mathew, G.— *"La corte de Ricardo II"*. Barcelona, 1985.
- Monmouth, Godofredo de.— *"Leyenda artística."*
- Orderilu, Vital.— *"Historia eclesiástica"*. París, 1838.
- Peers, E.A.— *"La vida de Ramón Llull"*. Londres, 1927.
- P.S. Lewis.— *"Le dragón"*.
- Roque, A de la.— *"Tratado de nobleza"*.
- Sommer.— *"La vulgata"*.
- Suger.— *"Vida de Luis VI el Grande"*. París, 1964.
- Troyes, Chretien de.— *"El caballero de la carretera"*.
- Troyes, Chretien de.— *"Ovidio y el arte del amor"*.
- Uton, N.— *"De estudio militar"*.
- Vale, M.— *"Orden de Tiercelet"*. (Revista Histórica Inglesa núm. 82).
- Valera, D.— *"Espejo de verdadera nobleza"*. Madrid, 1959.
- Vegecio.— *"Crónicas de los condes de Anjou"*. París, 1913.
- Wagner.— *"Heralds and Hiraldry in the Midle Ages"*.
- Zamariego, T.— *"Juan de Salisbury"*, Madrid, 1844.